

LOS PENSADORES

"PRIMER BESO"
escultura de G. Andreoni.
(Museo de Venecia)

AÑO V

NÚMERO 118

20 CENTAVOS

CADA EJEMPLAR

E
N
—
E
S
T
E
—
N
U
M
E
R
O



REDACCION, AL MARGEN; Juan D. Marengo, ACOTACIONES AL MARGEN DEL "TEATRO NACIONAL"; José de Vasconcellos, NO ESTOY CONFORME; Juan Lazarte, LAS FUENTES DE LA IGNORANCIA; M. Mascarenhas, EL ARTE Y EL PUEBLO; Ricardo A. J. Bernardoni, LA INCONSCIENCIA DEL ARTISTA; Leonidas Barletta, SINOPSIS DE LA PRODUCCION LITERARIA DEL AÑO 1925; Rafael Barrett, RIMAS DE LUGONES; Mariano Torres, PETALOS ROJOS; Julio Fingerit, VARIACIONES SOBRE UN DELIRIO COLECTIVO; Armando Vasseur, ¡DESPIERTA, SONADOR!; J. Salas Subirat, LA SINFONIA PASTORAL; Ton Anderson, LITERATURA ESPERANTISTA; Luis Ricardo Visconti, APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA; César Tiempo, EPISTOLA A UN AMIGO DISTANCIADO; Pérez y Curis, ETICA DEL PANFLETISMO; BIBLIOGRAFIA, y etc.

EDITORIAL CLARIDAD

Suplemento del catálogo de obras en existencia

LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS

Barletta, Leonidas.—Canciones Agrias	1.—
Barletta, Leonidas.—Los vientres trágicos ..	1.—
Borghí, Armando.—La Italia tra due Crispi	1.50
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas (edición papel pluma)	1.—
Castelnuovo, Elias.—El monstruo	0.20
Dicenta, Joaquín.—El minero	0.20
Fabbri, Luis.—Dictadura y Revolución ..	2.—
Faure, Sebastián.—Los Anarquistas	0.10
Fernández Espiro, Diego.—Poesías Comple- tas	1.00
Fischer, M. y A.—Cuentos de Francia ...	1.—
Grubber, Max von.—La higiene en la vida sexual	0.30
Justo, J. B.—Socialismo	1.—
Malatesta, E.—Au café	1.—
Marx, C.—El Capital (trad. por Justo) ..	4.—
Noja Ruiz, Higinio.—Los Sombrios	1.—
Rocker, Rodolfo.—Artistas y rebeldes ...	1.80
Rolland, Romain.—Vida de Miguel Angel	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Mahatma Gan- dhi	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Tolstoi	1.—
Stanchina, Lorenzo.—Desgraciados	0.50
Stanchina, Lorenzo.—Brumas	0.50
Tagore, Rabindranath.—Pájaros perdidos	0.30
Unamuno, Miguel de.—Los ideales de mi vida	0.20
Uncal, José Maria.—Los poemas cantá- bricos	1.—
Kropotkine, Pedro.—La Gran Revolución	2.—
Drauger, William.—La Vida Sexual	1.50
Hardy, G. Dr.—Medios para evitar el em- barazo	2.—
Nietzsche, F.—Así hablaba Zaratrusta ...	1.—
Urales, Federico.—Sembrando flores ...	0.30
Muller, J. P.—Mi sistema	0.50
France, Anatole.—La isla de los Pingüinos	0.40
Barcos, Julio R.—Libertad sexual de las mujeres	1.50
Flammarion, Camilo.—Urania	0.50
Blasco Ibáñez, V.—Sangre y Arena	0.50
Hernández, José.—Martin Fierro	0.20
France, Anatole.—Escritos Póstumos ...	0.40
Fuginiti, Juan B.—Trovos al pueblo ...	0.20
Kropotkin, Pedro.—Ética	2.50

LOS POETAS

Antología de versos para niños	0.20
Baudelaire, Carlos.—Las flores del mal ..	0.20
Becquer, Gustavo Adolfo.—Rimas	0.20
Birón, Lord.—Poesías selectas	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas	0.20
Bufano, Alfredo R.—Misa de réquiem y otras poesías	0.20
Calou, Juan P.—Poemas Póstumos	0.20
Carducci, Josué.—Nuevas Rimas	0.20
Carrere, Emilio.—Los ojos de los fantas- mas	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas Herejes y Poe- cervantes.—Versos del Quijote	0.20
mas Póstumos	0.50
D'Annunzio, Gabriel.—Poesías líricas ...	0.20

De Diego, Rafael.—Las angustias	0.20
Espronceda, J. de.—Selección de Poesías ..	0.20
Gabriel y Galán, J. M.—Nuevas castella- nas	0.20
Goethe.—Poesías líricas	0.20
Heine, Enrique.—Poesías	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—Las lunas de oro	0.20
Hugo, Victor	0.20
Dante Alighieri.—Poesías de Amor	0.20
Mistral, Gabriela.—Selección de Poesías ..	0.20
López, Luis C.—De mi villorrio y Postu- ras Difíciles	0.20
Machado, Manuel.—Caprichos	0.20
Issacs, Jorge.—Poesías completas	0.20
Maturana, José de.—Las fuentes del ca- mino	0.20
Poe, Edgar Allan.—Poesías completas ...	0.20
Santos Chocano.—Alma América	0.20
Silva, José Asunción.—Poesías completas	0.20
Silva Valdés, Fernán.—Agua del tiempo ..	0.20
Steehetti, Lorenzo.—Póstuma	0.20
Verlaine, Paul.—La Buena canción	0.20
Villáspesa, Francisco.—Viaje sentimental	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas herejes	0.20
Guerra Junqueiro.—La muerte de D. Juan	0.50
Martí, José.—Versos libres	0.20
Méndez, Gervasio.—Poesías completas ...	0.20
Musset, Alfredo de.—Poesías	0.20
Mármol, José.—Poesías escogidas	0.20
Núñez de Arce, G.—Poesías y Poemas cor- tos	0.20

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Alba y Giménez, Dres.—La prostitución ..	0.20
Climent, T. R. Dr.—Higiene sexual del sol- tero y de la soltera	0.20
Dupuy, R. Dr.—La vida sexual	0.20
Escalante Escandón, Dr.—El Amor Fe- cundo	0.20
Escanciano, J. J.—La radiotelefonía vul- garizada	0.20
Flammarion, Camilo.—La Ciencia	0.20
Flammarion, Camilo.—La muerte y su mis- terio	0.20
Forel, Augusto Dr.—Ética sexual	0.20
Forel, Augusto Dr.—Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio ...	0.20
Fournier y Bloch, Dres.—La sífilis	0.20
Gámbara, L. Dr.—Historia de la doctrina natural	0.20
Kuhne, Luis.—¿Estoy sano o enfermo? ..	0.20
Lacassen, C.—Impotencia y Esterilidad se- xual	0.20
Romero, L. D. Dr.—¿Es contagiosa la tu- berculosis?	0.20
Rosch, Dr.—Higiene del matrimonio ...	0.20
Sánchez de Rivera, D. Dr.—Profilaxis de las enfermedades sexuales	0.20
Sighele, Ezequiel Dr.—La mujer y el niño	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Hacia la cultura sexual	0.20
Sommer, Luis.—Cómo se evitan los peli- gros de la lujuria	0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—Fenómenos sexuales	0.20
Tairens Drangs, E. Dr.—La mujer en el amor y la voluptuosidad	0.40

LOS PENSADORES

Revista de arte, crítica y letras. — Publicación de Editorial CLARIDAD

Director: ANTONIO ZAMORA

Dirección Postal: Casilla de Correo 736, — Oficinas: Independencia 3531-33

Año V.

Buenos Aires, Febrero de 1926

Nº. 118

AL MARGEN

Un año más.

Con este número LOS PENSADORES inicia su quinto año de vida. Al dar principio un nuevo período de tiempo volvemos a reafirmar nuestros propósitos y nos comprometemos a continuar la publicación de esta revista, aunque sólo sea para el reducido número de lectores que nos acompañan en la ruda marcha que hacemos con rumbo al porvenir. Cara al sol, y desafiando a esta época de anfibios donde impera el sensualismo satánico de los bajos placeres y la codicia por la conquista de vanas posiciones, continuaremos nuestra labor de profilaxia moral en el árido campo de la literatura, abonado por el gran público de los lectores de catálogos de avisos comerciales.

No importa que suframos a cada paso el zarpazo de la indiferencia de la jauría de filisteos que nos rodea. Tenemos la esperanza de continuar abriendo el surco y seguir sembrando nuestra prédica en el rudo campo de un ambiente nada propicio a las bellas empresas del pensamiento libre. El fruto de nuestra labor continuará siendo amargo hasta que el público de retardados mentales se transforme. Nos hemos propuesto cambiar el rumbo al gusto del público y continuaremos en esa tarea hasta conseguir arraigar el concepto de nuestros propósitos.

Entre la labor realizada por esta publicación en el último año, merece particular mención la fusión de los escritores jóvenes de mentalidad izquierdista. La agrupación de esos valores dispersos alrededor de esta revista ha venido a reforzar nuestra lucha, dándole mayor radio de acción y más autoridad a nuestra prédica. La fusión de los escritores y artistas de la izquierda no viene a ser un núcleo más para formar capillas y divagar sobre cosas que nadie entiende. Los componentes de esta agrupación escriben porque tienen algo que decir; no lo hacen para ocupar espacio con cuatro garabatos y una firma, como acostumbran a hacerlo la mayoría de "nuestros genios" desalquilados, que pertenecen a todas las especies de una fauna tan compleja como exótica.

Con la unidad de miras y propósitos confesados, continuaremos nuestra tarea en pro de la sana cultura popular.

La mazorca policial.

Ya el lector sabe de lo que se trata. Culpables o inocentes del asalto llamado de San Martín, tres hombres han sido brutalmente apaleados y quemados por una gente innoble a quien el Estado ha conferido ciertas prerrogativas.

Es así cómo nuestra incipiente cultura está agarrotada por ese nefasto organismo militarizado que se llama policía. Allí se ha dado cita la gente más ruin de nuestro pueblo, desde el vigilante o pesquisa que vive del almacenero de la esquina, el oficial que protege al "redoblono o quinielero", el auxiliar que le saca dinero a la pupila de un prostíbulo, hasta el comisario que lo acepta de las casas de juego, todos son ruines y venales y prestos para abusar de su autoridad.

Nadie ignora que la inmensa mayoría de los vigilantes son analfabetos, que los sargentos son matones, que los oficiales son fanfarrones; el comisario, todo el mundo lo sabe, se las echa en su sección de tiranuelo. En jefes y polizontes la incultura llega desde la guaranguería hasta la brutalidad. Ni siquiera saben su oficio, que es lo menos que se les podría pedir. Ni siquiera saben llevar una pesquisa con cierta inteligencia. En su torpeza el único recurso con que cuentan es el confidente (léase alcahuete), que en todos los casos es otro ladrón a quien en cambio del dato se le permite robar. Un pesquisante de nota en esta policía no es nunca un pícaro inteligente; es un bruto, audaz y arriesgado, un suieto a quien le encanta vivir sin trabajar, que se salva del fracaso por la delación.

El jefe de policía que anduvo cacareando que ésta era la primera policía del mundo, últimamente manifestó que el público le era hostil, que no hacía confidencias y que por este solo motivo, las pesquisas no adelantaban. Este insulto gratuito que el jefe de policía hace al pueblo de Buenos Aires, pidiéndole que se haga delator, muestra a las claras qué clase de moral practica. Con todo, debería comprender que ha fracasado. Durante su jefatura sus subalternos han cometido hechos bochornosos de los que tiene directamente la culpa. Mientras por su expresa orden los policíacos dictaban cátedra de moral en la vía pública, una racha de crímenes, de latrocinios, de corrupción nos tenía en continuo sobresalto, probándonos que la policía no estaba en su puesto de vigilancia. Para que el procaz, que es un producto genuino de nuestro ambiente corrompido en más altas esferas, se frenara, el jefe de policía mandaba al pesquisa disfrazado de persona decente, al pesquisa cuya catadura moral es repelente y pretendía que

este hombre abyecto por su oficio, analfabeto y bruto, discerniera lo que es y lo que no es moral. Entretanto, en el suburbio se entronizaba la canalla. Y es que el jefe de policía nunca ha querido comprender que la misión de la policía es la de prevenir, evitar, y no esperar la comisión del delito para castigar, por el placer de castigar lo que se hubiera podido impedir.

Menos autoridad y más trabajo tendría que dar a sus subalternos el jefe de policía. Tendría que llegarse hasta la desmilitarización de ese organismo de barbarie que crea al delincuente y hasta lo estimula. La policía de Norte América es menos bárbara que la nuestra y el bandillaje y el malevaje de ese país es en su mayor parte para la cinematografía de exportación.

Pero en nuestro país ocurre este hecho inaudito: que el ladrón es el primer amigo de la policía y en todos los casos su colaborador. En sus manos está el procurar un ascenso o el provocar una renuncia según se incline o no a delatar al colega.

Ladrones y pesquisantes son engranajes de una misma máquina que siembra el terror en la población, aunque en descargo de nuestra conciencia digamos que un ladrón es mil veces más honrado que un pesquisante. De todas maneras repugna que esta gente haga de un hombre lo que le venga en gana, hasta estropearlo, y que no haya poder suficiente para contener estas brutalidades. Y que por culpa de nuestros complacientes gobernantes, mantengamos una institución retrógrada, que nos sigue acreditando como "los bárbaros sudamericanos".

Ladrones y pesquisantes.

Nuestro sistema policial es de lo más moderno: se apoya en el delincuente. Sin el sopión de oficio, la policía quedaría siempre en ayunas. Casi siempre este traidor (la policía lo llama confidente), que rehabilita al polizonte ante la burguesía medrosa, es un candidato a un puesto de pesquisa.

¿Sus méritos? Veinte años de ladrón y de roce con la canalla.

El día que la policía se desmilitarice y pase a depender de la Municipalidad, ¿cómo nos defenderemos de los pesquisas?

Olivari, que dice: "Voy del sastre", etc., con González Tuñón, que escribe el "Elogio de Crítica", previendo que va a quedar en la calle después de escribir tanta pampina, se titulan "franco-tiradores de la izquierda".

Estos genoveses y estos gallegos de la literatura criolla son terribles!

Suprimiendo todos los motivos de la vanidad literaria, no habría escritores de greguerías.

¿Hay algo más triste que el humor de Méndez Calzada? El humorismo de Méndez Calzada.

¿No es mejor entrar en un taller y aprender un oficio, que entrar en un cuartel y aprender a manejar un arma?

Amorin adula a Sanín Cano y — ¡claro! — Sanín Cano elogia a Amorin. Pero, ¿a quién no adula Amorin? En su ansiedad por adular, adula hasta a las yeguas, pintándolas capaces de enardecer a un hombre.

Los maestros provinciales se quejan de que se los mata de hambre; pero, ¿qué han hecho ellos porque no mueran de hambre sus discípulos?

La policía debe su autoridad únicamente al uso del revólver.

Los diarios todo lo echan a perder y lo vuelven mezquino; la miseria de los periodistas cuadra a la miseria de las cosas que encarecen.

Dos casos sintomáticos: el asunto Saccomano y el caso de la Testoni. ¡Así está la justicia argentina! ¡Qué sociedad tan joven y ya tan podrida!

¿Por qué la Municipalidad no contrata los servicios de la Siemens Baunion para higienizar los barrios del suburbio?

Ahora los literatos veranean, dice un diarcho. Y confunde al literato con el gerente de una compañía de seguros.

Por muchas y muy olerosas que sean las plantas del Balneario, siempre se sentirá allí el olor a mugre de los conventillos del cercano barrio de San Telmo.

Un gerente de compañía de seguros tiene siempre dinero que le sobra para pagarse el título de literato.

Para la policía es inmoral besar a una mujer en la calle. Lo correcto, según la policía, es hacerlo en la posada, y lo conveniente, porque la posada paga la policía.

Más héroes.

El asalto al Banco de San Martín nos ha dado más héroes. Uno de ellos, boticario y juez de paz, saltó del baño y casi en paños interiores corrió a la calle, subió a un Ford que tenía un neumático desinflado, y revólver en mano emprendió la persecución de los asaltantes.

A éste se le declaró públicamente héroe provincial y se le señaló como ejemplo de valor, cuando lo que defendía, estamos seguros, era el dinero que diariamente deposita en el Banco. Porque ya lo dijo el insigne Don Francisco de Quevedo y Villegas: "Muchos éstos (boticarios) se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tienen con qué enterrarse".

Los poetas. Jardín Botánico.

La poesía se va para el norte de la República. Todo es gramilla, perejil, vera y tomillo. En el norte no se encuentran otro tema ni otras emociones. Es tener idiotizados los sentidos y ser sordos a los grandes acontecimientos. ¡Qué pobreza de inspiración!... Ya no hay pueblos, razas, tragedias, ni viviendas. Los piojos son libélulas pálidas, y la miseria no es fuente de luchas importantes.

Salen de Buenos Aires, estos engominados porteoños, enfermos de surmenage, y nos endilgan coplas y más coplas con agua clara, haciendo una especie de kunismo, «de Casa Bustamante» literario. ¿Tienen derecho de maltratar nuestros gustos estéticos y de buen sentido, en esa forma? A igual que el bondadoso Onelli catalogaba yuyos en bolsas, estos literatos de último término nos los mandan versificados con insípida sencillez. ¿Ustedes saben lo que es sencillez en literatura?... Allá hay lobos, brujas, aloja, ¡Ah! ¡Qué torpel también montañas... ¡y, hasta zagalas! Vamos, si os que están jugando chistosamente, está bien, pero si pretenden decírnoslo en serio, nos harán reír a carcajadas.

Lo que en el norte de la República hay, son pantanos, obrages, cobardías y paisajes de gran visión panorámica, que ellos, son incapaces de evocar

en toda su esplendorosa fulgencia y magnitud. Sólo Sogantini, hubiera abarcado la inmensidad de aquellas riquezas admirables en su virginidad.

La sociología de los pueblos del norte, es de capital importancia, debido a la facilidad con que se adaptan a la miseria circundante. Aún hoy, se va al norte, a buscar sirvientitas, pampitas, para darle un sueldo, vestir las, educar las etc., luego en la gran urbe se las utiliza «para todo trabajo», se las embrutece. Y, lástima de la forma, como sus carnes, de pellizco en pellizco, caen en la resbaladiza prostitución.

Dejemos un poco la gramilla y los yuyitos medicinales, y seamos francos, queridos poetas. Se puede querer mucho el lugar de nacimiento, pero nadie podrá ensoñar su provincia, si no la limpia con proligidad de los supuestos aromas orientales, y la retrata fielmente. Lo que ellos van hasta allá, para decirnos, lo mismo lo dijeron antes aquí. Si creen que en aquellas sus tierras, el genio poético, los visita más a menudo, se equivocan estúpidamente. Aquellos pueblos ignorantes, roñosos, abúlicos y raquíticos, no necesitan nada más que un poco de yerba mate para regalar una hija, jamás entera. ¿A qué nos vienen con esas norñas de pureza de cielo!... La prostitución es una cosa común, «razonable»; la pereza, herencia del producto gaucho, los hace taimados, tahures, sucios e inmorales. ¿Cómo pueden evocar solamente el aroma del tomillo, la menta piperita, loar las piedras históricas en sus recatos como guardadoras fieles de tragedia, etc.?...

En algunos pueblos no hay agua que beber en pleno verano, y los poetas fabrican hontanares como versos domingueros.

¿Es una nueva especie de poetas jardín Botánico? ¿Llevar el invernadero a cuestras? Ya nos palpitanos los sonetos famosos a la cepa del caballo, la yerba buena, y las evocaciones venecianas en un paseo plenilunio por los pantanos de Tucmán.

Guerra a los yuyos; guerra a los abrojos y al tomillo. Guerra a los malos y falsos poetorzuelos.

Los literatos crecen como hongos.

Esto es bueno; cuanto más gente haya que escriba, mayor será la competencia entre el elemento plumífero, y, por consiguiente, serán más numerosos los obstáculos a salvar por los escritores que quieran sobresalir o destacar su obra.

Esta abundancia actual de escribidores bien puede representar una crisis de la literatura nacional, crisis que, indudablemente, ha de resolverse con la aparición de un conjunto de nombres representativos y de verdadero valor.

Mientras tanto, todo el mundo se cree con derecho a escribir.

Como hay muchos que no saben lo que es tener una idea propia, buscan las de otros, para manosearlas y se ponen de críticos, se hacen los «arruinadores». ¿Aparece un libro? Pues a buscarle los pelitos y los descuidos que se le han deslizado al autor. Con esto se tiene material de sobra para escribir varias columnas y para hacerse temer de los literatos de medio pelo.

Las críticas dirigidas a derribar falsos ídolos, son beneficiosas para todos, pero las que van dirigidas a destruir en su nacimiento a los escritores que publican su primer libro, son, ante todo, malignas. Estas críticas se hacen con espíritu destructivo, infunden el desaliento, nie-

gan la posibilidad de una rehabilitación y dán al traste con el esfuerzo simpático de los autores noveles.

A un escritor que se inicia es muy fácil encontrarle cincuenta mil defectos; pero lo difícil es indicarle cómo subsanarlos.

El crítico verdadero necesita, como condición esencial, y esto ya se ha dicho, la de saber amar todo lo que toca. Es indispensable una predisposición a la tolerancia. Si el crítico sirve solamente para destruir y tronchar las voluntades, se convierte pronto en un sujeto peligroso, no solamente para el arte, sino para la colectividad.

No hay que «chicanearle» a la verdad. Lo que está mal, debe decirse, pero lo que está bien no hay que ocultarlo.

El que busca los defectos y los pone al descubierto, va más o menos seguro de no equivocarse, pero el que indica un valor positivo, compromete su nombre al aceptar como bueno lo que puede no serlo.

Por esta causa es más fácil hacer crítica destructiva que constructiva.

Que todos los días surjan nuevos escritores, enhorabuena; pero, que cualquier pintor, literato o músico fracasado, se convierta en crítico, nos parece muy poco noble. En el fondo, estos últimos no hacen más que aprovecharse del trabajo de los demás.

Carecen de iniciativa, y aprovechan las iniciativas de los otros, para manosearlas.

El anarquismo y la literatura.

Muchos de estos literatos que aparecen como hongos en todos los barrios de la ciudad, movidos muchas veces por el deseo de no ser menos que un vecino cuyo nombre ha empezado a sonar de la noche a la mañana, acometen empresas superiores a sus fuerzas y se ponen a hablar mal de asuntos que apenas conocen.

Leen por ahí que Lugones es una mala persona, y empiezan a caerle a Lugones. Y Lugones se queda lo más tranquilo, por la sencilla razón de que Lugones, al escribir lo que escribe, y hacer lo que hace, no sólo tiene sus motivos particulares, sino que lleva de su parte la ventaja de su enorme erudición y conocimiento de causa, cosa que no está al alcance de cualquier muchacho que ha leído dos o tres libros por casualidad. La gran fuerza de Lugones reside en haber leído y estudiado de tal manera, que no necesita pensar como hombre para escribir: le basta jugar con su erudición y sus «traba-ideas», que acusan una pericia y un «savoir faire» admirables. Para empezar, Lugones pisa terreno bien firme. Defiende, por ejemplo, el derecho de la fuerza armada, cuyo derecho, a pesar de todos los buenos deseos de los muchachos jóvenes, defensores de la utopía y los sentimientos humanitarios, está reconocido como axiomático por todos los cerebros filosóficamente cultos. Y no sería difícil (ya que viene al caso, es bueno decirlo), que pudiera establecerse un paralelo harto elocuente entre Lugones y el genial Maquiavelo, que también llevaba toda a razón del mundo, pero... es de recordar que el nombre de este último se ha convertido en adjetivo odioso para los hombres de corazón y cerebro sanos. De todo lo cual se desprende, que la muchachada, al atacar a Lugones, con su indignación

ingénua, no consigue otra cosa que echarse tierra a los ojos, pues desautorizan sus opiniones de cachorros ignorantes, con la insuficiencia y la falta de conocimientos para abatir de un modo serio, una obra tan culta y tan erudita como la de Leopoldo Lugones.

Es de este modo, que, por falta de disciplina de estos escritores jóvenes, se crean una situación dudosa y anarquizada.

No debe confundirse nuestro deseo sano de que Lugones no tenga razón, con la posibilidad de rebatir por entero sus teorías.

Vasconcelos se extrañaba, hace poco, de que Lugones hubiera vendido su alma al diablo sin necesidad; porque, según él, Santos Chocano tuvo sus motivos de conservación personal para hacerlo, y aquí creemos que Vasconcelos, ha olvidado considerar a Lugones, como un cerebro que piensa matemáticamente, para tomarlo en cuenta como hombre sano de ideas y de responsabilidad humana, condiciones ambas que le negamos, por la sencilla razón de que Aníbal, Julio César, Napoleón, etc., usaron de la fuerza armada que preconizan Lugones y Maquiavelo, y tanto Aníbal, como César y Napoleón, desde el punto de vista "Hombre" y desde el punto de vista "Humanidad", fueron verdaderos canallas.

Argos y Canela.

Argos, "Corre-ve-y-dile" de "Carátula", ("Carátula" es un Panorama Literario que aparece los sábados), da noticias de todas las cosas relacionadas con la literatura, actividad relativamente simpática, pues entre los chismes van cosas que no está de más saber.

En el número del 30 de enero, hay comentarios con respecto al último número de "Los Pensadores", comentarios un tanto arriesgados, toda vez que se basan en lo que "se dice por ahí".

Pero, en fin, todo esto no tiene nada de censurable, y el Panorama Literario del 30 de enero, no tomaría mayor relieve, si este bueno de Argos se hubiese guardado sus opiniones.

Hace referencia al artículo de Barletta aparecido en "Los Pensadores", referente a "El Burro de Maruf", de Arturo Canela, y se muestra escandalizado porque Barletta, siendo amigo de Castelnuevo, se permite hablar mal de Canela, por cuya mediación Castelnuevo pudo surgir, colaborando en "La Nación".

Al Canela y al Argos les parecerá que Barletta y Castelnuevo son unos mal agradecidos, pero a nosotros nos parece que Argos es un INMORAL.

Creemos ingenuamente que la mediación de Canela no ha sido la causa principal de que Castelnuevo sea un buen escritor, motivo, este último, más que suficiente, para que Castelnuevo pudiera codearse con los "fenómenos" de "La Nación". Pero dejemos esto a un lado; suponiendo que Castelnuevo deba agradecerle algo a Canela, ¿significa que deba coartarse, no solamente su libertad de opinar sobre un libro de Canela sino que esa hipoteca debe pesar también sobre la opinión de sus amigos?

¿Desde cuándo un libro es bueno o malo, según lo haya hecho un amigo o un desconocido?

Seríamos capaces de reconocer que Canela, un amigo o un desconocido, es un buen escritor.

te y sabe más que Haeckel y que Darwin, cederíamos también que la Semana de Holgorio, aparte de su oportunismo y éxito del momento, tiene algún valor serio; hasta seríamos capaces de aceptar que Argos, cuando comunicó que Brandán Caraffa haría colaborar a Lagorio en "Proa", a cambio de que este último lo hiciera entrar en "Caras y Caretas", procedió con tino, y no se expuso a que le rompieran el alma por lengua larga; estaríamos de acuerdo en aceptar que "Carátula", excluyendo el Panorama Literario, (que tiene su valor como información) es algo más que una hoja chabacana en que Leopoldo Lugones publicó una página enterita; aceptaríamos una gran cantidad de mentiras más para no pasar por exigentes; pero, que no se pueda hablar mal de un libro porque un amigo le debe un favor al autor... ¡Eso... ya es mucho pedir!

Si el amigo Argos hubiera dicho que Barletta exageraba la nota, y que el libro de Canela tiene sus valores que no es el caso de echar en saco roto; que Barletta se deja llevar algunas veces de una acometividad excesiva, a referirse generalmente más a la persona que a su obra, y que esto tiende a desautorizar su opinión, muchos de nosotros habríamos reconocido que llevaba su parte de razón; pero, eso que ha dicho... debe meditarlo mucho antes de decirlo, y mucho más, antes de escribirlo.

"La Venganza de Don Mendo".

Una compañía española, — mediocre, por cierto —, está representando en el Mayo, la rogocijada burla de Muñoz Seca. Escrita en "4 jornadas y en verso" padece — de propósito esta vez — de todos los defectos del teatro llamado clásico español, aunque en verdad, siempre pudo llamarse romántico. Carece él, de lo que le caracteriza a la clasicidad: armonía del sentimiento con la expresión. Este es un teatro hueco, super abundante en palabras, falso hasta lo inverosímil... y que todavía — ¡Después de haber escrito Ibsen o Bernard Shaw! — nos pretenden seguir dando los Villalpessa, los Marquina, los Fernández Ardavin y otros tantos "ingenios de la corte", que suministran repertorio a María Guerrero.

Esta es la artista oficial, de esa supuesta tradición española, y que lo es en rigor, porque sólo es un intento de dar vida aparente a lo ya muerto: el honor cabaleresco, la fidelidad al monarca, la fe al culto católico y el culto al valor animal, el de darse puñaladas por el más futil motivo.

"La Venganza de don Mendo", obra ingeniosísima, exhibiendo la retórica engolada, propia a estas tragedias en verso; es una notable y necesaria sátira, a todo ese teatro que intoxica y sigue intoxicando de palabras sonoras al público de España y América. Viene a ser algo así como si un prestidigitador, después de engañarnos con sus artimañas, nos mostrara los trucos de que se ha valido. El público aquí, ríe de buena gana con lo mismo que un Lope de Vega o un Marquina en España o un Rossi o un Roldán en la Argentina, lo pretendiera emocionar, espantar y desmayar. Hay escenas en que el verso sube de tono, los latiguillos parecen escritos en serio, para arrancar el consabido aplauso; y de pronto una línea, un solo verso, ingenuamente burlesco, nos ha-

es ver lo ridículo de toda esa tirada hueca con que los caballeros — unos truhanes por lo común —, charlan de su honor y de su valentía. La trama de puro convencional, puede ser sólo admisible para un teatro de títeres; ello es la característica del teatro romántico más truculento: El Tenorio, don Alvaro o la Fuerza del Sino... como se ve, por la forma — exhuberante, hinchada y por el fondo — fundamentalmente falso, inocentísimamente falso —; “La Venganza de don Mendo”, es una sátira acabada, donosa y cruel, justa sobre todo. Salimos del teatro con el corazón rebosante de gozo, y, pensando: Bien se le pueden perdonar a Muñoz Seca todas sus astracanadas, con las que ha hecho reír, con risa superficial y estúpida, a los públicos de España y América; a cambio de la risa punzante, justiciera que “extrae” de su público a costa de todos los Lope de Vega, Martínez de la Rosa, Duque de Rivas o Marquina, Roldán y Rossi, habidos y por haber, y a los que palmea definitivamente. “La Venganza de don Mendo”, es la venganza del sentido común ultrajado, cegado, manoseado por todos esos versadores que juegan — bien o mal, rípiosamente, o no — la engañifa de la línea.

Y “La Venganza de don Mendo”, es nuestra venganza también: Nos vengamos con ella de todos los profesores de retórica, grafófonos que nunca cambian su disco ya gastado, y, que vienen repitiendo, desde hace siglos y metiéndonos por las narices, ese teatro en verso, pampanoso, sin una idea, irrenovable, porque ya no queda una gota de sangre roja, ni un nervio sano, ni un músculo que no esté podrido a ese muerto. Muñoz Seca lo ha venido a enterrar en medio de nuestras risotadas. No faltará, no, quien pretenda resucitarlo todavía. En cuanto aparezca por ahí un verseador que tenga facilidad para cantar sílabas, y hallar consonantes — aunque san en ado, ente o ando — y tenga telarañas en vez de masa ancestral, pues, ya saldrá el cuitado escribiendo su “tragedia en 4 jornadas y en verso” y ya encontrará su público que gimotee y lagrimee con ella, y hasta su María Guerrero... o su Blanca Podestá, que se haga aplaudir, recitando con voz tremebunda sus disparates. Todo sea por los laureles... que también sirven para hacer más sabrosos los garbanzos.

El belicoso Lugones de los versitos.

Quisiéramos preguntar al belicoso Lugones qué piensa de su obra y de su vida ahora que se aproxima a la ancianidad lleno de odios y furros. Quisiéramos ser algo así como la voz de su conciencia para preguntarle: ¿está contento de su obra, está conforme con su vida? ¿La irritación manifiesta que le causa todo lo bueno, lo noble, lo que es de la vida y de la paz entre los hombres, no será acaso producto de su fracaso como hombre y como pensador?

Lugones no ha pasado de ser para el europeo que tiene noticias de su obra, el primer poeta de Buenos Aires. Aquí, entre nosotros, sabemos que eso es una solemne mentira. Y aquí se le niega. Pero admitiendo que Lugones sea efectivamente el primer poeta de Buenos Aires, con relación a la literatura mundial, Lugones es un vulgar versificador, un prosista del común, sin personalidad, como que al fin de cuentas todo lo pide prestado, hasta su pseudo erudición helénica.

Y dígame lo que se diga es bien triste eso de tener que comprender al cabo de los años, cuando se entra en los achaques de la ancianidad, que uno no ha alcanzado a ser otra cosa que un escritor mediocre, rey tuerto en país de ciegos. ¿Acaso podríamos comparar a Lugones con Barbusse, con Rolland, con Gorky, por no citar otros?

Entre nosotros, ¿resistiría un paralelo con José Ingenieros, con José Enrique Rodó, con Agustín Álvarez, con cien más que no tuvieron, como él tiene, la vanidad del éxito?

Leyendo esas “cosas” no se explica uno cómo un hombre que acaba de afirmar cínicamente a sus compatriotas que la guerra es una necesidad fatal, que los hombres adquieren virtudes con la práctica de la guerra, se ponga a escribir versitos.

Vea el lector de dónde parte nuestra indignación:

La ciudad dormida

La luna juega a las casitas
Con fichas de dominó
Divulga dos o tres citas
Y sobre almenas inauditas
Calca un gato que firmo yo.

¿Es que se burla, acaso de la gente? Esperábamos encontrarle espada en mano, consecuente con las ideas que pregonaba y le sabemos escribiendo versitos, como hombre que sabe que su subsistencia corre por cuenta del Estado.

Y se nos viene la sospecha de que el primero que haría valer ciertos privilegios si llamaran a las armas, sería este ex anarquista Lugones, que vive del presupuesto de la nación y escribe pavaditas como esta:

Poema de una letra

Desviaste, encendida,
Tus ojos de mí,
Yo acerqué mis labios
Y...

Si no fuera por su edad y sus achaques — choche, senilidad, agresividad senil — se diría que este hombre es un miserable cínico. Así juega con los problemas más serios de sus compatriotas.

Por otra parte, se podría esperar de quien dice que la matanza trae aparejados el honor y la gloria, que fuese un tipo de temple acerado, de corazón duro. Sin embargo en su compleja psicología de mestizo, se conciertan el charlatán belicoso y el afeminado susceptible.

Díganlo estos versitos:

La incierta estrella de la cita
Se enciende trémula y lejana
Y la niña de la ventana
Pide su sí a la margarita.

Siempre desagradó Lugones; pero nunca ofreció el triste espectáculo que ahora, en decadencia progresiva. Se la puede ir midiendo con lo que escribe periódicamente. Un poco más y ya habrá hecho crisis.

El hombre no sabe lo que se dice y su pensamiento es un caos. Este estado provoca en él una petulancia enfermiza. Se ha de creer un genio escribiendo estas cosas, que pueden ser de un Nalé Roxlo o de un Bernárdez cualquiera.

Vea el lector, si no es cierto:

La selva oscura

La luna, en el horizonte,
Cuelga su enorme linterna
La sombra, entre los árboles ensancha su caverna
Y son formidables mi corazón (!!) y el monte.
Y a estas cosas, el belicoso Lugones — viejo chocho y pedante — las titula... ¡Gotas de Oro!!

ACOTACIONES AL MARGEN DEL "TEATRO NACIONAL"

Escribir actualmente sobre nuestra escena, ahondando cualidad y calidad, significaría imaginar una obra cuya perfección se discute acaloradamente. Esta difícil protensión ha minado la retórica del presunto crítico de esa nebulosidad, extendida en el proscenio del invertebrado "teatro nacional".

Nosotros, los que miramos a la escena como un transportador espiritual, antes que como un digestivo de fabricación burguesa, entendemos que la parte digna de profundizar es un átomo con relación a todo cuanto hay que des- caricaturizar.

Aunque el tema es ingrato, no perdemos tiempo en lamentarnos con hiperbolismos rebuscados, de la crisis que impera en la producción. No ignoramos al escaso autor de mérito que, en escasa obra, ha volcado ráfagas de idealismo, ni tampoco a aquel que apenas ha tenido oportunidad de balbucear en la escena, con relampagueos reveladores de un formidable temperamento dramático.

En estas líneas no se oye al insulso petardeo de las citas: eso corresponde a los critiquillos de postín que, para "epatar", pasean en sus parrafadas a Sófoles, Shaekspere, Molière, Ibsen, sin haber asomado las narices para tomarle el perfume a las siempre vivas que los inmortalizaron.

No intentamos con estas rápidas acotaciones sanear esa terrible polilla adueñada de nuestro teatro. Para tan ardua labor es imprescindible la incineración. Sólo pretendemos enrojecer a muchos que parecen estar desahuciados por el rubor. ¡Virtud magnánima!

Nadie afirma, mirando aún a través de gafas ahumadas, que las obras de autores nacionales — con rarísima excepción, — representadas en las últimas recientes temporadas, son más que pirotécnicas con fines aritméticos. El escritor de prestigio sólido es la mosca en el vaso de leche. La boletería, para la generalidad, es lo que para los zánganos una colmena. Para lo mismo que un sastre emplea el aguja; esa generalidad aplastante emplea su cerebro: hace obra "sobre medida", donde la ausencia de una aspiración con finalidades prácticas de educación social o ideológicas si se quiere, es elocuente; pues para estos escritores tiene más importancia la chifladura, muy gastada, del adulterio, que los palpitanes problemas de la agitada evolución humana. Ya no estamos en esa época en que un Echegaray intentaba sacarnos el corazón por la boca, con sus bruseos efectos escénicos; sin embargo, es abrumador el número de autores nacionales que, durante la representación de un truculento melodramón, consiguen en la pléyada de espectadores cursis un *lloriqueo* intermitente. Es cierto que exigir de esos escritores una obra en donde brille el talento, o en donde el yesquero del ingenio de chispas, significaría pretender que una piedra nos contara sus inquietudes. En sus espíritus tienen incrustado el ayer caduco, del que, indudablemente, jamás podrán emanci-

parse. ¡Eso es propio de las inteligencias grandes! Carentes de imaginación, nos ofrecen el calco, disfrazado con burdas variantes, de donde surge la obscuridad que prima en la psicología de sus personajes. Aquí nos viene a la memoria la obrita de un señor López Blomberg, estrenada el año pasado. Estos autores poseen mirajes conceptivos ¡tan cortos! que, caso siempre, les sirve de base una novela o un cuento para construir sus escenitas. En este grupo hay muchos que no denuncian a la fuente inspiradora; entonces "la hazaña" cae en la vulgaridad de una crónica policial. ¡Piraterías!

¿Qué diremos de la producción en un acto? Nada. Implicaría dar importancia a la caricatura de sainete que puebla las carteleras en los teatros por sección, donde se le dió albergue vitalicio al personaje italiano de "conventillo". También fragmentos de la eterna bohemia eligieron este proscenio para pernoctar: nos referimos a esos trozos escapados de "La Casa de la Troya" y de la obra de Manger a los que, con asombrosa habilidad, el señor Antonio Saldivia les empolva el rostro de sensiblera mojigatería, para darle una aparente originalidad.

Ese producto de importación francesa o "simpático género revisteril", como lo ha llamado, haciendo galas de una miopía puramente burguesa, el atildado crítico negativo Nicolás Coronado, ¿arroja otra cosa en nuestro teatro que no sea una inflamación lúbrica, donde el instinto, en una rabiosa danza, se relame insatisfecho? No intentamos el alarde puritano; nos guía sólo la noble intención de arrancas la máscara a los que nos quieren hacer digerir pornografías por arte. Caso análogo ocurre con esa compañía dirigida por A. Fernández Arias, ayer "Duende la Colegiata", que con embozo de realismo, está representando fetos inmundos, para halagar al viejo lúbrico de primera fila y por añadidura cocotero. Mofarse de la ordenanza que prohíbe la venta del libro pornográfico es sencillísimo, pero sin duda que le ha sido más fácil al asaltante de "La señorita Julia", disfrazar con cartel de realista, esos abortos de nuestros autorcillos vividores. Al iniciar la temporada esta compañía representó la discutidísima farsa de Cromelynck, elocuente ejemplo de teatro realista, pero ¡ay! después de uno o dos estrenos subsiguientes, fué este escenario a sumergirse en el charco lujurioso del "género libre". De vez en cuando desfilan por este teatro la morfina y sus satélites, en cuyas obras ni siquiera corre una brisa que intente sacudir a esas lacras que fomenta la burguesía. Después de todo, el director de esta compañía ha tenido en cuenta nuestra libertad de comercio, pues de lo contrario, no hubiera emigrado. ¡Qué diablos!

He aquí, a grandes rasgos, la terrible polilla que roe nuestro teatro y que continuará carcomiéndolo, sino surgen valores sólidos que, unidos a los escasos de hoy, puedan incinerarla, para continuar la obra comenzada por el grande Florencio Sánchez.

JUAN D. MARENGO.

NO ESTOY CONFORME

Para "Los Pensadores".

Tengo derecho a quejarme porque no se trata de mi sino de una causa con la que estoy comprometido. Yo hablé hace poco más de tres meses con uno de los principales jefes del movimiento emancipador de Filipinas y le prometí una colaboración humilde pero sincera y firme. Le dije, además, que en Méjico tendría eco la voz angustiada de nuestros hermanos de aquellas islas. ¿Acaso no somos ya un poco chinos desde antes de la conquista española, desde que toltecas y mayas vinieron de misteriosas regiones o por lo menos se comunicaron de algún modo con el continente mongólico? Basta ver nuestros pómulos, basta contemplar los ojos de algunas de nuestras tribus indígenas, aun cuando nada nos dijese la geología, para comprender que hay un remoto pero profundo parentesco. Basta por último, y esto es lo esencial, basta sondear un poco nuestras almas para descubrir en ellas una simiente que está todavía brotando en floraciones finas y complicadas como de dibujo de colorido pergamino o como de suntuosa porcelana. El chino que vive o debe vivir en cada uno de nosotros, el hombre asiático que llevamos dentro se conmueve y se alarma de pensar, de sentir que hombres apoyados en la fuerza material amenazan una de las manifestaciones más interesantes del alma asiática: la expresión filipina, que es el único mestizaje auténtico de mongol y de blanco que conoce la historia. Digo que todos tenemos dentro un chino o debemos tenerlo, porque no hay hombre completo si no siente latir dentro de su alma todas las palpitations de la creación, todas las angustias y esperanzas de las razas. El hecho de ser hombres nos obliga ya a mostrarnos atentos al problema de un grupo de millones de semejantes que tienen el derecho de organizar su propia vida; pero cuando se trata, como en este caso, de un grupo de millones de hombres que tienen con nosotros parentesco remoto de raza y estrecha vinculación de cultura, entonces ya no debemos limitarnos a pensar para opinar; nuestro deber imperioso es sentir para obrar. Y un poco de ese generoso sentimiento mejicano es lo que yo prometí, a nuestros amigos filipinos, como colaboración obligada de una empresa que nos interesa vitalmente.

Y al ver que hasta ahora, que yo sepa, ninguna voz ha respondido al llamamiento que por mi conducto se hizo, me apresuro a insistir. No puedo resignarme a pensar que hemos llegado a ser tan ciegos que no vemos el interés, ya no digo la simpatía moral que la causa filipina nos impone. No puedo dudar de la generosidad mejicana porque Méjico ha producido grandes espíritus a lo Francisco Madero y esto salva a una raza del total descrédito en que podrían colocarla los que nada más saben, co-

mo en los días antiguos, comer corazones crudos y cortar las orejas de los vencidos. Gente de esta laya nada puede entender; pero Méjico, el Méjico verdadero, no es esto; el Méjico verdadero posee no sólo el sentimiento de la justicia; también la visión del destino.

Y sobra en Méjico quien comprenda que nada tiene de ocioso ni de remoto ni de quimérico el andarse ocupando de la cuestión filipina. Todo lo contrario: la cuestión filipina está íntimamente ligada con el problema capital de nuestro continente. En Filipinas, como en nuestras tierras, la historia libra una de sus batallas más importantes. Filipinas y la América española son los sitios en que habrá de decidirse si el mundo pertenece definitivamente a una sola raza, a los sajones, o si todas las razas, por lo menos las bien dotadas, deberán contribuir a la creación del mundo futuro.

Desde este punto de vista histórico y cultural, las islas Filipinas deben ser vistas como un pedazo de la América española. Y el problema político, el problema internacional de aquellas islas debe preocuparnos tanto como Santo Domingo o como Cuba o como el propio Méjico.

Bien se podría agregar que el estudio de la vida pública filipina, de los últimos años, podría ofrecernos incontables ejemplos de buen gobierno, de honestidad administrativa y de lucha firme, tenaz y sincera en contra del extraño yugo; pero no se trata de establecer paralelos; se trata de recordar a las gentes que así como el problema, por ejemplo de Méjico, es un problema que interesa a ochenta millones de hispanoamericanos, igualmente el caso de Filipinas es un caso que afecta a los cien millones, a los veinte millones de ciudadanos de la cultura hispánica, que habitan el orbe. Se trata de algo más que de nuestra sangre; se trata de un pedazo de nuestras almas...

Los territorios importan hoy menos que las maneras y las orientaciones de la cultura; los territorios se recobran en el vaivén de los tiempos, pero una lengua que se pierde jamás se recobra; una cultura que se trunca o se estanca por no poder seguir fiel a sus propias normas, eso sí constituye una pérdida irreparable.

¿Seguiremos nosotros contemplando impasibles la pérdida de un territorio tras otro, la abolición de millares y millones de conciencias que podrían y deberían colaborar en nuestro común tipo de cultura? Recordáis que cuando las torpezas, los crímenes de nuestros eternos caudillos, militares, presidentes, ocasionaron la pérdida de California, no faltó quien dijera: ¿qué nos importa perder una tierra desierta?

Pues parientes y cómplices de aquéllos serían hoy quienes se atreviesen a afirmar que no nos interesa la cuestión filipina; porque aunque políticamente Filipinas nada tenga que ver con nosotros, culturalmente está más ligada

con nosotros que muchos de esos tejanos que ya perdieron la lengua castiza. La forma de autonomía que los filipinos reclaman tiende a salvar precisamente eso: la cultura y la lengua, lo que los liga directamente con nosotros y con toda la América española.

La cosa es tan evidente que nadie se atreverá a negar nuestra obligación moral hacia Filipinas; pero habrá muchos que sacudirán un poco la indiferencia y la pereza, tan sólo para decir: "Méjico tiene problemas mucho más urgentes y no hay tiempo para esto".

A los que tal digan habrá que contestarles que acaso muchos de los problemas que sí les preocupan, que sí les roban atención y fuerza, son por su localismo o por lo turbio de las gentes que los abrazan, mucho menos importantes que la cuestión filipina y quizás totalmente estériles. La esterilidad es el castigo del político impuro. Detrás de sí no deja más que desprecio y rencor. Y si funda haciendas para el propio regalo y se cuelga al cuello las cabezas de cien rivales eso no le quita el terrible anonimismo, el silencio de desdén y de olvido que ya desde los peldaños de un falso triunfo son el tormento de quienes tuvieron a su alcance la gloria, pero les falló el puño, les faltó grandeza para cogerla.

De todas maneras, conviene sacudir de cuando en cuando; más aun, a cada momento conviene sacudir la obsesión de la inmediato y concreto para mirar con ojos despejados el camino. Que son muchos y muy graves nuestros problemas y que todavía no han sido ni siquiera definidos, ¿quién lo duda? Pero acaso la mejor manera de acabar de precisarlos es englobándolos dentro del magno problema continental y humano de la supervivencia del tipo de cultura a que pertenecemos. No merece el triunfo quien comienza por sacudir pesos con el pretexto de que no le corresponde cargarlos.

Los pueblos grandes, al igual de los hombres robustos, se echan sobre los hombros valerosamente todo cuanto el destino les carga. Y sólo así, cargando mucho, se afirma la planta en los suelos.

Raza que esquiva el esfuerzo es como el trabajador que suelta pereza, que pone fraude en la dura rutina del forjar cotidiano; el acero se llena de puntos vacíos y en el instante de la prueba se quiebra y denuncia el mal material o el torpe, el felón operario.

Nada se paga más caro que las felonías contra el ideal. El amor ha de ser entero y absoluto o liquidado al instante. Así el ideal, se adereza por entero o se le niega. No se puede ser buen mejicano sin ser patriota continental y no se puede ni concebir bien el problema de Méjico si no se le liga con el asunto entero de la cultura a que Méjico pertenece.

En el fondo los males públicos, como las penas privadas, dependen de la falta de conciencia en el sentido de concepción y en el sentido de emoción. Si comenzamos nosotros negando las porciones de nuestra propia naturaleza,

¿cómo podremos defendernos a la hora en que se nos mutila?

Imagináis que si una sola nación de habla inglesa; qué digo una nación: si una sola familia de habla inglesa se encontrase en cualquier parte del mundo obligada a desarraigar su propia esencia para recibir la imposición de una cultura extraña, ¿creéis que habría un solo inglés que dijese: eso a mí no me importa? Si lo creéis, no conocéis a los ingleses, y lo que es peor que no conocer a los ingleses, no sabéis ni cómo se conquista la grandeza.

Los ingleses no hablan de su confederación étnica, no la comentan, la defienden; la sienten, la practican con la fatalidad sabia de un instinto cien veces superior. Se queda para las almas en decadencia eso de estar discutiendo si tal o cual cosa es o no parte de nuestro deber. Los hombres de verdad siempre han sabido que toda justicia pendiente es una obligación que llama. Los que no acuden no merecen ni la justicia propia.

¿Os parece tal vez que cualquier intervención mejicana, que aunque una intervención ibero-americana sería inútil, sería vana en el caso apremiante de Filipinas?

Si realmente fuese inútil, yo sería el primero en pedir que nos obstuviéramos de quijotismos que en la novela están bien, pero afean la seriedad viril de un pueblo; sin embargo, lejos de ser estéril, una intervención, una atención moral firme y sostenida y justa es siempre invencible; lo ha sido siempre en la historia. No es, pues, un vano gesto lo que nos piden los patriotas filipinos; nos reclaman un deber y un deber que tarde o temprano será eficaz. Acudamos a cumplirlo, siquiera para que no nos sonroje mañana un triunfo al que no aportamos la parte que nos impone el destino.

J. VASCONCELOS.

Para ARTURO LAGORIO

"No hay pensadores y artistas bien cebados, gordos y satisfechos de sí mismo."

LEON TOLSTOI.

XX

Por falta de espacio en este número, se publicará en el próximo:

"Una visita a Beethoven" (continuación) de Wagner y "Juez justo" de Alvaro Yunque.

LAS FUENTES DE LA IGNORANCIA

¿Que la ignorancia es cada vez más grande en el mundo y ocupa mayor trecho en las conciencias? Lo sabemos. Es una verdad indiscutida. Sabiduría es vislumbrar la inmensidad de cuanto ignoramos, pero sabiduría también es trabajar con ahínco por romper los límites reparadores de esos campos oscuros e inexplorados.

En la sociedad actual, un engranaje poderoso amasado en las tinieblas de los siglos, por fuerzas secretas, retarda cuanto sea la llegada de la luz a las conciencias, de la claridad a los espíritus.

Lo muerto pesa sobre lo vivo inmortalizándolo, impidiendo el juego libre de una vitalidad sin tara. Estamos atados de tal manera, que sólo lo más insignificante de nosotros se realiza. El hombre no llega ni a sentir, ni a suponer, ni a saber quién es, a pesar de lo mucho que haya hecho en tal sentido la ciencia moderna.

Parece que los hombres en el siglo XX, sufren dos graves impulsos capitales; uno conservador, el otro revolucionario; el primero anhela la quietud, el *statu quo*, la eterna calma; el otro, peregrino siempre, se mueve en la dirección, ya sea de un nuevo conocimiento o de un ideal con contenido y trascendencia. El primer impulso está, sino determinado, unido íntimamente al respeto a la autoridad; el segundo forma el anhelo subversivo, el substractum de la disconformidad eterna con lo actual. Entre los dos impulsos navega el mundo.

La autoridad es el límite artificial puesto a lo dinámico del universo interior del hombre. Por doquiera que surja se esterilizan las iniciativas, se pulveriza el impulso creador, se coarta la libertad, clima sagrado de toda creación.

Por definición, la autoridad es respeto como por definición la vida es irrespeto. La vida movable y creadora no se para ante nada, con un ritmo armónico, va desarrollándose contra toda autoridad limitadora y negativa.

En literatura, en pintura, en música, en filosofía, lo más malo que puede surgir en una época es el culto a la autoridad. Son años muertos e insignificantes. En todas estas manifestaciones, la autoridad fué creada no por imposición de los artistas creadores — ya que ellos no se atuvieron a ninguna ley, a ninguna norma, — sino por quienes, incapaces de crear, fueron incapaces de comprender el pensamiento alto y alado y a éste que fué producto de la libertad (por lo espontáneo e ilimitado), lo hicieron canon, como quien dice cárcel, prisión, grillo.

Así *Aristóteles* fué una autoridad respetada en la edad media, su palabra era sagrada, cuando es difícil encontrar entre los filósofos antiguos y modernos, un hombre que declarase como él, que no hay sistemas y que cada uno debe tener el suyo, dándoles a los dioses el lugar que

les corresponde. Sin embargo, los textos, mal traducidos, del dilecto discípulo de Platón sirvieron para mandar a la hoguera a centenares de hombres, que si cometían pecados, lo hacían con el peripatético. Claro que la mal llamada edad media no es todo eso; hay poesía, arquitectura, lenguaje, manifestaciones todas populares, lejos de las esferas dirigentes y de la iglesia determinante de la persecución al pensamiento libre.

Las fuentes individuales del respeto a la autoridad han de encontrarse, principalmente, en dos manifestaciones: en la incapacidad para crear y en la incapacidad para comprender. El hombre capaz de crear y de comprender es la negación viviente de la autoridad en su arte y en el más universal de la dirección de las sociedades...

Leonardo, Miguel Angel, Goethe o Balzac, no tienen en cuenta la autoridad para realizar sus obras eternas. Dostoiewski en su arte está más allá. Ni Bach, ni Beethoven, Wagner, Debussy o Stravinsky, respetan otra autoridad que no sea la de su conciencia y el segundo (cuya gran vida será espejo ejemplar para generaciones por venir) quiere hacer extensivo a la sociedad cuanto sentía en sus divinos poemas.

El filósofo de Atenas que escribiera esos diálogos tan de hoy de siempre, si se ocupa del respeto de la autoridad es literariamente, como utopía o entretenimiento.

San Francisco, Wycliff, Huss o Melachton en posición de un principio de sabiduría, llenos de aliento e inspiración se paran a contemplar el respeto a la autoridad y después de una sonrisa siguen el camino que les marca su sino.

La autoridad está en cada héroe, en cada hombre representativo, como autor de algo grande y digno, en lo íntimo de su ser y no en la externo, superficial y vano.

La ignorancia no consiste en carencia de saber sino en incapacidad de saber. Un hombre puede ser analfabeto y no tener un átomo de ignorancia.

Jamás los hombres llegaron a acumular tanta cantidad de conocimientos como en la actualidad; sin embargo jamás se vió tal cantidad de ignorantes. Es que todo lo acumulado no es de bondad y calidad. Cuanto sin significación presente o futura de ningún género.

El promedio de cuanto se debiera saber, en esta civilización decadente aumenta, como asimismo el coeficiente de ignorancia de las masas.

Cuanto se ha realizado en veinte siglos de civilizaciones occidentales, no han disminuído el caudal de las fuentes de la ignorancia por muchas razones...

El respeto de la autoridad ha mantenido al hombre firmemente atado a la rutina, a la burrinería de los abuelos, al salvajismo ancestral

de los arbóreos, a cuanto de malo tiene el pasado.

Si en el terreno infinito del arte el respeto a la autoridad ha impedido el libre juego de las fuerzas y todo adelanto y creación se hizo por irrespeto o por no acordarse de ella, en el terreno social el respeto de la autoridad es fuente de la ignorancia multiseccular del "popolo grasso" y del "popolo basso".

El siglo XIX se caracteriza por la sistematización antiautoritaria, es decir, de los principios autoritarios. El siglo XX, siglo de maduración, ha de distinguirse por la realización en todas las esferas de cuanto intentó la otra generación. Hasta la generación pasada los reformadores, los creadores, los grandes tipos humanos fueron antiautoritarios, pero recién después de los grandes movimientos subversivos y populares (de reivindicación) que siguieron a la Revolución Francesa se concreta para no perderse jamás, ese irrespeto a la autoridad en el campo político, en el fecundo terreno de la sociedad y sus instituciones.

El irrespeto a la autoridad ha salido como un hondo grito de las conciencias de los buenos, expandiéndose maravillosamente en las muchedumbres que amansadas, mas no muertas, se aferran en la creencia de un porvenir mejor amasado con trabajo de héroes y sangre de mártires.

Tolstoy y Gandhi encarnan el antiautoritarismo sistemático de todas las épocas, sea en Oriente como en Occidente.

La escuela libertaria predica un desconocimiento y un abandono del respeto de la autoridad, en el convivir gregario, y prueba con argumentos numerosos y felices su inconsistencia, aconsejando a los hombres, alejarse de ella bajo pena de corrupción y de degeneración.

Parece que las primeras batallas que el hombre libra por la liberación de su cuerpo y conciencia, acaecen en el vasto escenario del arte. Pasan luego las serias escaramuzas, al religioso y por fin al político como última etapa de una evolución progresiva, aunque en realidad todo viva unido y mezclado.

El respeto a la autoridad limita el conocimiento. Si hubiérase respetado la autoridad de la Biblia, del Taoísmo, del Budismo o de Mahoma estaríamos cien veces más ciegos que en la actualidad; el cristianismo no hubiera nacido y la Iglesia continuaría su hegemonía mundial; los pueblos de América serían colonias y los colonos esclavos. Fué la rebeldía creadora del desdén y del olvido por la autoridad la que ampliando los horizontes encontró nuevas formas de expansión en todos los atributos espirituales.

No hay manera de vivir con este inmenso desarrollo del respeto.

Es sugestiva la observación de la vida del niño.

En principio no tiene respeto por nada de cuanto de artificial veneramos, ni por autoridad alguna.

El niño siempre es más inteligente que el adulto.

Claro que al fin, acosado por todas partes, domesticado por la educación y castigos, desorientado por el contagio y la imitación, llega a hacerse respetuoso, no pregunta, no indaga, ni observa, ni explora, pierde el perfume, cree sin poesía, ha venido grande y está muerto. Entonces empieza también su proceso, de respeto a la autoridad.

Cuarenta generaciones de pedagogos han tratado de desarrollar el respeto, de manera que absorba cuanto de dinámico tengan las pasiones humanas.

Hoy se habrán convencido, los estatales, de que el respeto tiene un límite y es imposible pasarlo.

Los pueblos parece que respetan todo. Parece no más.

Un buen día, un gran día, esos mismos pueblos despiertan y mandan ese todo al diablo y lo olvidan, hasta que nuevos amos audaces, se encaraman de nuevo.

El cultivo intensivo del respeto en la psiquis humana ha fracasado.

No se dieron cuenta de que el respeto es una cosa natural, que no ha menester de cultivo, que no ha menester de aducción sistemática y especial, altamente improductivo. Es como el yuyo en el campo y el camalote en el río, siempre existe, siempre inútil, floreciente algunas veces, pero tiene un límite, el límite que le pone lo otro, los otros valores. El respeto es un valor diminutivo muy bien explotado, aunque en las tablas de la microideología burguesa parece lo contrario.

Los frailes quieren que se respeten todas sus mentiras; los militares su militarismo y la guerra; el buen burgués la propiedad privada y su sistema de explotación; el charlatán su engaño.

Las mentiras de la cleresía son la autoridad en materia eclesiástica; el militarismo es la autoridad en materia de carnicería nacional e internacional. La propiedad y la explotación del hombre por el hombre, son los puntales de la autoridad, son la autoridad misma en última instancia. ¿Dónde iríamos a parar con tanto respeto?

Si la educación del respeto ha fracasado, menester es educar en el irrespeto. Como cada hombre tiene una gran cantidad de respeto, esto es lo menos que le hace falta desarrollar. Habría que acostumbrar a la generación actual a irrespetar una cantidad infinita de convencionalismos y falsos valores huecos, sonoros y gastados.

Si las escuelas valieron para algo, pudieron utilizarse positivamente; ello consistiría en desbarrar prejuicios y respetos.

Cada niño es una librería de respetos y cada hombre un museo respetable.

Así se explica que, a pesar del vuelo mecánico, de la radio, de las grandes aplicaciones de la química y física, el estado del alma del hombre actual sea desesperante. No sintoniza con la época.

EL ARTE Y EL PUEBLO

El pueblo podrá ser un juez sincero en materia de arte, pero no justo, porque en su gran mayoría desconoce el asunto. ¿Acaso le es necesario al pueblo "conocer el arte" para sentirlo? preguntará algún discípulo de Tolstoi. Sí. El pueblo puede y está preparado para sentir lo superficial del arte, pero no lo está para comprender el verdadero arte. Creerá en una obra de arte por la sencilla razón de que responda a la "religiosidad de la época", en la cual la técnica se haya adaptado a su capacidad intelectual.

Eso no es todo en arte; es una pequeña parte que lo complementa, animándolo. Este complemento varía de acuerdo a la época; en la edad media fué el cristianismo; en la actualidad el afán de fraternidad y de justicia.

Un cuadro, una ópera, un poema, una novela, donde la "religiosidad de la época" desempeñe el rol principal, anulando casi el arte en sí, la pureza del arte, es lo que prefieren el pueblo, lo que más fácilmente comprende y aplaude; es natural; no siente el arte, el verdadero arte, de ese cuadro, poema, etc.; siente el sentimiento que la anima.

Para hacer arte para el pueblo es necesario simplificarlo de tal manera que se termina por anularlo.

¿Cuál sino, ésta, es la razón de la popularidad de la obra verdiana, salvo "Falstaff" y "Otello"? Y más si tenemos en cuenta que la "religiosidad de la época" no es, a veces, el sentimiento principal que la anima. Indudablemente el medio de expresión, arte, casi no

Quién sabe si perdiendo tanto respeto acumulado no se acercará a su doble liberación, liberación de la materia y liberación de esas cadenas invisibles, pero ciertas, que rodean el espíritu.

Hemos mamado la autoridad. El respeto hacia ella nos viene del esclavo antiguo, del siervo y villano medioeval, del proletario moderno. No de cuanto los primeros hayan tenido de Spartacus o los últimos de Bakounine, sino de cuanto caracterizaba su calidad explotados, sometidos al rigor del látigo, la acechanza de la desgracia y la servidumbre de la inteligencia.

Si los tiempos han de realizar uno de los acontecimientos de la historia y los hombres han de cumplir misión alguna, ello consistirá en la pérdida del respeto a la autoridad.

Para la conciencia la autoridad ha muerto, para el espíritu libre ha muerto también. Sólo combatiendo a los que la sostienen fieramente, hemos de llegar a una de las fuentes de la ignorancia para secarlas en su raíz y disminuir el mal en el mundo.

JUAN LAZARTE.

existe; existe adaptado al pueblo, a su capacidad sentimental e intelectual.

Los sentimientos que animan las 9 sinfonías de Beethoven, ¿no son enormemente más intensos y superiores a los de la obra de Verdi? ¿Por qué razón Beethoven, es decir, su obra, no es popular? ¿Se podrá siquiera tolerar una comparación entre estos dos maestros? ¿Qué es Verdi ante la gigantesca personalidad del genio de Bonn?

Ejecutad la sexta sinfonía, la Pastoral, en medio de una muchedumbre y veréis que muy pocos, contados, son los que sienten y comprenden. ¿Puede probar esto, como pretendía Tolstoi, que el arte no existe en esta obra?... ¿Comprendería, sentiría el pueblo, cualquiera de las sonatas y cuartetos de Beethoven? No. ¿Y será porque carezcan de emociones, ideas y sentimientos profundamente humanos? Tampoco; el pueblo no comprende y siente de manera harto relativa porque hay verdadero arte, porque el artista sin dejar de ser intensamente hombre, dejó de ser intensamente artista. Armonía.

Existe en nuestro museo de Bellas Artes un cuadro de De la Carcova que representa una escena triste y miserable de la vida del pueblo. Se titula "Sin pan y sin trabajo". La "religiosidad de la época" domina ampliamente en esta obra; el medio de expresión (arte) está tan simplificado como en las óperas de Verdi. Un hombre del pueblo, se emocionará profundamente ante este cuadro; llevadlo a contemplar un paisaje de Monet y... se encogerá de hombros; lo más que dirá, es que es "lindo"; no comprenderá ni sentirá, por incapacidad intelectual y sentimental, la emoción profundamente humana que inspiró al artista.

Estaría por afirmar que para que el hombre del pueblo sienta intensamente es necesario expresarle, de manera sencillísima, sus dolores y sus miserias.

El hombre del pueblo es generalmente un hombre sin cultura de ninguna especie y de sensibilidad vulgar. ¿Qué clase de arte será necesario hacer para impresionarlo?

Un arte completamente inferior que se adapte, repito, a su capacidad intelectual y sentimental.

¿Cómo es posible que el artista se adapte a semejante clase de público? ¿Debe un pintor, un músico, un escritor, por ventura, ahora, pintar, componer y escribir sobre asuntos que giren alrededor de la vida del pueblo y de manera que sean comprendidos? ¿No será artista si no lo hace?

¿Es acaso Bach menos artista que Puccini? (perdón, Bach)... ¿Y qué clase de sentimientos animan la obra de Bach, sino netamente

musicales?... ¿Comprende el pueblo a Bach? Haced la prueba de endosarle una de sus composiciones y a los cinco minutos lo tenéis profundamente dormido. ¿Será porque no hay arte?... Dice Tolstoi: "Desde que los espectadores o los oyentes experimentan los sentimientos del autor, hay obra de arte". Error; esta afirmación es completamente inexacta; los oyentes, en este caso pueden no sentir lo que expresara el autor y haber a pesar de ello obra de arte. La comprensión de los espectadores no puede dar la medida de la obra de arte, porque los espectadores, casi siempre, salvo raras minorías, no están al nivel intelectual y sentimental del artista. Ya no es entonces una cuestión de claridad de expresión, se trata de una cuestión de superioridad de emociones, sentimientos e ideas. Dice, también, Tolstoi: "Si un arte no alcanza a conmover a los hombres, no es porque esos hombres carezcan de gusto y de inteligencia; es porque el arte es malo, o no es arte en absoluto". Optimismo. Su intención es sin duda alguna poner al espectador o al oyente al mismo nivel del artista. ¿Qué clase de espectadores u oyentes serán? ¿Pertenecerán a ese gran montón que se llama pueblo? Sin duda que no. ¿Serán gentes cultas y de sensibilidad superior a la corriente? Aclaremos el concepto tolstoiano. Cuando el artista, estando al mismo nivel intelectual y sentimental de su público, no logra emocionarlo, no hay obra de arte o es arte malo.

Prosigue Tolstoi: "Si el arte de nuestro tiempo es incomprensible para las masas, no es porque sea arte bueno, sino porque es arte malo, o nada tiene de arte".

Veamos el caso Wagner: "El anillo de los Nibelungos" está perfectamente de acuerdo a la "religiosidad de la época"; el medio de expresión, música, manteniendo su pureza es claro y preciso. ¿Por qué el pueblo rechazó y rechaza todavía esa obra? ¿Cómo es que siendo verdadera obra de arte, completa, el pueblo no la comprendió y apenas la tolera ahora?

Wagner no rebajó su arte de hombre superior a la inferioridad de los hombres del pueblo; honestamente, decentemente, no podía ni debía hacerlo. Cuanto más grande es un artista, más difícil resulta identificarse con él. Si hubiera hecho lo contrario, la simiente renovadora de evolución progresiva a la perfección dejada por Beethoven en la novena sinfonía no hubiera prosperado. El arte de Wagner no se dirigió a "todos", como no se dirigió el de Beethoven, Litz, Berlioz, Whitman, Monet, Baudelaire y Cezane. ¿Podría, acaso, el pueblo, comprenderlos, aunque simplificaran, poco menos que hasta la eliminación del medio expresivo?... No y vuelvo a repetirlo, no, porque la mayoría del pueblo carece de condiciones intelectuales y sentimentales para comprender a artistas de la calidad de los citados.

Tolstoi, hablando sobre academias y escuelas de arte, dice: "En pintura aprenden a dibujar y a pintar como han dibujado y pintado

los maestros anteriores". Tolstoi, pretende, sin duda, y me parece muy bien, que el novel artista debe crear la forma de su medio de expresión. Así debe de ser para lograr originalidad, es decir, personalidad. Bien, el pueblo si se le ofrecen nuevas formas de arte, ¿las comprenderá? ¿Está acaso preparado o es capaz, de acuerdo a su inteligencia, de comprender?... No; y lo que es peor, rechazará, sin duda, esas obras; ¿no ocurrió esto con los impresionistas? ¿no ocurrió con todos los grandes artistas, salvo rarísimas excepciones, de la humanidad?...

Ahora, tanto a los impresionistas como a esos grandes artistas se los ocepta; ¿no prueba esto que en esas obras había verdadero arte y que en la época de su aparición, el pueblo no estaba en condiciones intelectuales y sentimentales de comprenderlas?

Los verdaderos artistas se adelantan siempre a su época, marcando sendas nuevas y señalando horizontes insospechados; sólo reducidísimas minorías se identificarán con ellos en su actualidad.

Tolstoi cuenta que asistiendo a una de las representaciones del "Anillo de los Nibelungos" pensó "involuntariamente en un campesino prudente, instruido y respetable, en uno de esos hombres religiosos que yo conozco entre nuestros aldeanos. Me figuraba la terrible perplejidad que hubiera experimentado, un hombre así, presenciando lo que yo acababa de ver. ¿Qué pensaría al calcular cuánto trabajo se había malgastado para aquella representación, viendo a aquel auditorio, viendo a aquellos grandes de la tierra, hombres maduros, calvos, con la barba gris, hombres que él estaba acostumbrado a respetar, viéndoles sentados, inmóviles para mirar y oír seis horas seguidas, semejante amasijo de absurdos?"...

¿Qué otra cosa podría pensar un hombre de esos, un campesino religioso, seguramente, hasta la idiotéz y prudente hasta la avaricia? Estaría tan lejos del nivel intelectual y sentimental de Wagner como la tierra lo está del sol.

No comprendería ni se emocionaría, por lo tanto lo único que se le ocurriría sería sorprenderse de la existencia de hombres que dedican todo su tiempo, su dinero, su vida, a esas cosas tan raras, tan incomprensibles para él y seguramente también para sus vecinos de aldea.

La comprensión del pueblo ante una obra de arte no puede dar la medida de su calidad. El verdadero artista en la época de su aparición es casi siempre incomprensido por el pueblo; sólo raras minorías se identifican con él. Hacer arte para el pueblo es hacer arte inferior, algo que apenas si merece el nombre de arte, pues el artista se vería obligado a adaptarse a la capacidad intelectual y sentimental del pueblo.

M. MASCARENHAS.

LA INCONSCIENCIA DEL ARTISTA

¿El artista es inconsciente en sus producciones? Jamás. La obra de arte vale en razón del contenido intencional que en ella deposita el artista.

Nadie cree ya en los artistas "poseídos".

Si los griegos hicieron a la perfección partes anatómicas del cuerpo humano, sin conocerlas científicamente, es por la inteligencia característica que hace de sus ojos un compás y un metro y de las manos la razón de ser artistas. Más adelante hablaremos de la subconciencia como un fenómeno psicológico real.

El artista posee algo de fotógrafo, en el sentido que tiene que "llenar" a su obra. La silueta — tan amada por los ultramodernos — es el marco del contenido en realidad. Las representaciones plásticas están dentro de las líneas. La silueta varía de acuerdo a la posición del espectador y por lo tanto lógico es que también se proteja el contenido. En resumen: lo que a la derecha puede ser silueta a la izquierda se transformará en contenido. Es un fenómeno de relativismo, de luz. De ahí que los impresionistas, jamás trabajaron las medias tintas. Porque ellos sólo vieron la realidad desde "una posición dada". Es decir, enfocaron. Esto cuando el impresionismo degeneró en escuela. Los futuristas no permiten que se les mire de todos lados; no lo soportan siquiera sus obras. Si mis lectores meditan bien ésto verán la inconsistencia de ciertas llamadas escuelas que sólo nos saben regalar una cosa imposible y que no existe sino desde un punto dado: la silueta.

Además, la realidad es variante con relación a la capacidad perceptiva del ojo humano. La naturaleza repite sí sus actos, pero no podrá jamás detenerse para que el artista observe una de sus modulaciones. La natura es infinitamente diversa porque ella ignora la medida-hora. El hombre al caminar repite la acción y el artista de "proponerse" lo que el modelo pueda proporcionarle. Nunca decirle: "párese en el momento como cuando camina". Quieren algo más estúpido. Téngase en cuenta que ésta es la forma como se han producido la mayoría de las obras de arte académicas.

De ahí que, hasta en la "forma pura", el artista propónese algo que debe observar detenidamente para que la obra de arte posea ante todo "expresión de realidad". ¿Hasta los ultramodernos no se buscan en la realidad? ¿Quién puede suponer una forma no natural?

Dentro de la forma aparente existen rasgos delicados que dan expresión, fuerza, colorido, morbidez, y si esto se desecha flaquea la obra al análisis, como en los expresionistas. ¿No es el análisis en arte una fuente rica de emociones estéticas? ¿Qué es análisis en arte sino la concordancia con el tema elegido? ¿Intelectualmente no hay nada más importante en arte que el valor temático? ¿Quién responde, entonces, a

lo planteado si el artista ejecuta inconscientemente?

No confundamos lo subconsciente que muchos visos tiene de aparente inconsciencia. El mundo psicológico está esclavizado a fenómenos subconscientes. Todavía su engranaje no puede resistir el enorme trabajo que le acarrearía la conciencia total de sus fenómenos. Podríamos decir que la subconciencia se cristalizó ya, mientras que los órganos productores de la conciencia están en pleno desarrollo y nadie puede prever su futuro. Se piensa subconscientemente, se come y se razona del mismo modo. Aunque esto parezca ilógico, es así. ¿Acaso la conciencia tiene que saberlo todo? ¿No es ella un paso solamente en la perfección adaptiva de la humanidad? He ahí, pues, cómo nos engañamos con respecto a la intención del artista. Estoy segurísimo que aquel artista que se dejara llevar por sí mismo obraría a plena conciencia. En cambio los tráfugas en su escandaloso cohecho, en su temor atricionado se meditan, se colocan en un "plano de conciencia" tal vez superior y es por eso que no valen ni un escupitajo. La conciencia en los trabajos modernos adquirió un valor nuevo y fecundo, como dice Ingenieros, "biofiláctico". De acuerdo a esto en sociología suélese traducirla en la consecuencia con nuestras convicciones ideológicas. Es el control para saber si obramos de acuerdo con lo que nos propusimos ser.

Si un escritor trata de darle a sus personajes expresión de cansancio o de fuerza ya no hay inconsciencia sino una verdadera y difícil preocupación. Y como en todo lo que sea humano no se concibe un estado nulo o negativo de expresión, vemos que el artista, observador profundo, tiene en todo momento la obsesionante seguridad de que pasa algo fuera de él. Como el material es objetivo, podrá tener conciencia de lo suyo, jamás de lo que pueda pasar en otro pecho o lo que cruza eternamente por los musculillos invisibles de la retina humana.

Si hay inconsciencia en algunas obras de arte — cosa no posible — es porque a ella le han dado vida los críticos. Perdido el desenfriamiento en la lejanía de los tiempos y las costumbres, se debaten los aristarcos contra lo inaccesible a fin de lucir galas de conocimientos históricos o bíblicos. Muchas obras que antiguamente eran de un valor secundario o simples adornos se las ha preñado de sutilísimas morales. Hay en eso más de leyenda y literatura que de verdad histórica y humana.

Claro está que un simple trozo de piedra monolítica puede ser fuente de severísimas discusiones y abriarnos el portal de los tiempos pretéritos. En los terrenos científicos, no como manifestaciones de los pueblos las descubrimos en sus simples líneas geométricas. Un objeto

cualquiera es un labio elocuente, discurridor... ¡y tan contradictorio a veces!...

Pero el artista vive en su tiempo y en él trabaja. Su mente lucha a la presión ambiental y hoy, fatalmente, es el artista quien tal vez tenga que asegurarse más dolorosamente el pan de cada día. La soberana realidad que modela el carácter, que inspira los pensamientos, que tuerce el instinto a las necesidades momentáneas, o lo destruye, no puede pasar inadvertida... Los artistas no responden a utilidades bajas sino a cosas venideras. Tienen en su contra una masa densa de monetización, industrialismo y algo indistinto, solapado, pero más cruel y torpe, el desamparo. La inconsciencia es un arma creada por la adaptación del hombre que todo artista lleva adentro. Su cerebro, sus convicciones de artista son de menor poder debido a flaquezas de carácter, pero al animal preciso es alimentarse y lo hace torciendo su destino de vidente y de puro. ¿Por qué los artistas piensan bien y nos engalanan obras mediocres, decadentes, insinceras? ¿Será porque cuando la inspiración los visita no saben lo que hacen, siguiendo la estela de algo trazado de antemano por la naturaleza? No; mil veces no. Se adaptan deliberados, se resienten en su moral, se ductilifican, se quebran miserablemente cual el león en el circo ante el trozo de carne y el látigo castigante. Perdón para ellos; pero la humanidad sufre también las consecuencias bailando dentro la vorágine escandalosa del arte pagado por línea, o comprado por comisiones sobornables.

Basta ya de inconsciencia, de "incubos" geniales. Basta ya de representantes falsos de lo superior y representativo que debiera ser el arte. Basta ya de estecas manchadas con la arcilla de la cobardía y paletas donde brilla más el oro que la mostaza tirante.

¿Cómo puede ser inconsciente el artífice, si vive la vida apretadamente, como Dios quiere? ¿Cómo puede crearse "poseído" porque las crónicas amigas así se lo dicen si él lo sabe bien que el óxido de la claudicación le tiene empobrecida el alma, que no puede mirar de firme el ideal que antes se había trazado? No la idea inamovible, terca, impropia, sino el ideal de lealtad, de ser, de hombre, digámoslo más fuerte, de artista.

Luego ellos son puro quejidos, son un afán inmoderado de ser agua tranquila, para vivir lejos de la humanidad. ¿Cómo es posible eso si ellos sirven a sus tiranos, como Miguel Angel besaba las manos de los mismos que lo torturaban?

Los pintores quieren ir a Córdoba, ¡Córdoba!... Los literatos entrar en los grandes diarios, etcétera... Y luego se quejan. Antes porque cuesta subir, más tarde porque la situación sin lucha, conquistada, ofrece peligro...

D'Annunzio bien lo dice hablándonos de la esfera superior que debe mantenerse el artista sincero: "Pero mientras a ella no le era dado persistir en un tal grado de intensidad sino por un esfuerzo, veía al otro mantenerse allí

fácilmente, como en su natural manera de ser, y, sin fin, gozar de un modo portentoso que renovaba con un acto de continua creación."

Miente el artista que dice servir al arte de tal manera; miente como hombre y se prostituye como sér moral. Nunca tanto como ahora se habló de arte por el arte, nunca se dijeron tan socarronamente, descaradamente, servir fines menos movibles, eternos, primordiales. Estas burdas mentiras son un disfraz cómodo. Es un mimetismo procaz para irresponsabilizarse.

La conciencia de realidad no puede ser desplazada por una pretendida fuerza interior sobrenatural, porque ella se sobrepone a todo. Claro es que el grado de conciencia está en razón directa al grado de "moralidad social" del artista. El, como cualquier sér, recibe el beneficio de esfuerzos colectivos. Ello lo hace partícipe de algo que debe retribuir en una forma dada. Como el arte está sujeto a leyes inviolables, en cierta medida, el artista, a diferencia del obrero común, refracta su energía en una forma consciente. El peón trabaja, supongamos, para el ingeniero; el artista trabaja para sí mismo en concordancia de sus conceptos cotejados en la realidad. He ahí la diferencia visible. En el obrero vulgar existe una semi-inconsciencia de lo que hace por incapacidad de varios órdenes, o por lo menos se supedita a otros fines. Al artista no se le puede permitir debido a la capacidad intelectual de discernir aquellos actos contrarios a la forma en la cual debe devolver su parte de beneficio.

El mal se remediaría con una cultura colectiva. Pues en ella no tendrían arraigo las obras que no respondieran a un fin desinteresado. Con lo cual no estoy de acuerdo con el inteligente colaborador de LOS PENSADORES Armando Eneas en su artículo del número anterior, donde sostiene la tesis de que el pueblo es el único juez sincero y justo en arte. Sincero, sí; justo, todavía no. Es soñar demasiado en la cultura del pueblo, y no siendo posible aun, lo único que nos resta es no resignarnos y proclamar a viva voz la falla y el contubernio entre los malos artistas y su caldo mediocre que los alimenta.

El artista infiel a la época que vive solo, merece el calificativo de logrero o de parásito. Los jóvenes libres no podremos callarnos jamás ante tamaña felonía, por cuanto el silencio es no sólo complicidad sino falta de cumplimiento a nuestros deberes con la humanidad. El artista que no siga la razón real de sus propósitos, comete pecado de lesa moralidad al retrasar los acontecimientos y estragar los gustos estéticos. Es atentar contra la cultura en formación de los seres y retener las fuentes de promesas del futuro en un continuo y escandaloso presente.

¡Artistas, poneos las manos sobre el corazón y la conciencia y golpead con los puños después, si es necesario, para haceros entender debidamente!

RICARDO A. J. BERNARDONI.

SINOPSIS DE LA PRODUCCION LITERARIA DEL AÑO 1925

por LEONIDAS BARLETTA

Breve proemio a la producción poética

Soy de los que opinan que la poesía es un arte inferior. El hombre, comúnmente, ni piensa, ni habla en verso. Y pensar en verso — si es que los versos se piensan y no se sueñan — nunca puede ser lo mismo que pensar lisa y llanamente.

Un hombre que se respeta, por más literato que sea, termina por romper todo dique retórico y escribe con la sencillez del que camina.

Suele decirse que el poeta se expresa más fácilmente en verso, lo que no es razón para que se le entienda mejor. El que haya hombres que andan mejor cabeza abajo no quiere decir que todos nos encontremos a gusto en esa posición. Y que no parezca ridículo el *simil*; los griegos solían llamar a los poetas *orjestikoi*, que se puede traducir por saltadores, según nos dice el erudito Méndez Bejarano.

La fascinación que ejerce la poesía sobre el espíritu humano es obra del ritmo y no del pensamiento. Por eso no ha de desaparecer la poesía, como ha vaticinado más de un filósofo; pero — arte inferior — ha de ligarse con la música y aun con el baile para subsistir. Y si yo tuviera la dicha de vivir los años que el profeta Lugones, acaso pudiera comprobar la verdad de este aserto, que, por otra parte, no ha de pertenecerme.

Es imposible que todo esto, tan claro, tan simple, no haya pasado antes por la cabeza de todos los hombres de sentido común.

Por lo demás, la generalidad de los poetas y particularmente los de nuestra época han dado el golpe de gracia a la poesía. No se habrá visto en arte alguno como en éste, la suma de repeticiones, de variaciones sobre el mismo tema y de cansadora enumeración de los llamados elementos clásicos de la poesía. Salvo tres o cuatro libros de las cumbres de la poesía universal, la lectura de un volumen de versos desespera y enerva. Y estos grandes poetas que ha tenido el mundo son como extrañas flores solitarias. Los demás, la abrumadora mayoría de los que en fatigosas veladas citan a las musas hacen de la poesía una cuestión de ruidos armoniosos, con exclusión de todo pensamiento, y mi parecer es que, en esta cuestión de ruidos es muy superior la música.

CAPITULO I

Donde se anumeran las virtudes de las mujeres que escribieron versos en el año 1925

Nuestro propósito, que es el de pasar revista a la producción literaria del año citado en el epígrafe, nos eximiría de estampar nuestro humilde parecer, no siempre exacto cual le qui-

siéramos. Sin embargo, todo es una pura cuestión de oficio y aunque es difícil encontrar dos mujeres de acuerdo en cuanto al gusto de un vestido y dos críticos coincidiendo en los méritos de una obra, en el caso de Alfonsina Storni (3), nuestra opinión es la corriente y contraria a la del colega Córdova Iturburu. "Oere" es un libro triste y real; y es triste porque deja en el ánimo del lector una melancolía que sólo tienen las obras concebidas y realizadas en el otoño de la vida. Este libro acusa un declinar del optimismo que se podía forjar con las primeras amargas quejas de la poetisa. Porque lo que antes era rebeldía es hoy resignación. Y es también que Alfonsina sonríe a través de su libro y es ésta una sonrisa que tiene mucho de tragedia. Acaso una juventud sin premios y una enorme comprensión de la vida.

Susana Calandrelli (1) que escribía en francés porque es de lo más distinguido que se pueda pedir, con su "Al trasluz de las horas", nos da la medida de lo que puede llegar a producir una mujer que conoce algo de retórica, que, posiblemente, ha leído a Racine y que quiere asombrar a sus relaciones.

Por regla general, las mujeres que hacen literatura satisfacen un prurito de vanidad desviado de los vestidos, de las alhajas y de otros motivos de la vanidad femenina. Y esto es lo que ocurre con Nydia Lamarque (1) y con María C. Domínguez (1). En vez de lucir un vestido de *crepe chinois lila con cocardas violetas*, se presentan con un librito de versos sentimentales — "Telarañas" y "La rueca", respectivamente, — e hinchan el pecho de suspiros imponiéndose una melancolía de domésticas burladas.

De los versos de Raquel Adler (1) podemos adelantar que, tratándose de una bonita muchacha, según se murmura, ha de redimirse por el matrimonio.

Resumen: cinco poetisas y cuatro libros malos, sin perdón del pueblo.

CAPITULO II

Donde se ve que la prosa no ofrece los incentivos que la poesía, y que, no por ser menos, las prosistas son mejores

Si cinco poetisas producen en un año cuatro libros malos y ningún hijo, cuatro prosadoras las igualan sino las aventajan. El fenómeno tiene su explicación. La poesía está más cerca que la prosa del espíritu femenino.

Dos cuentistas, una novelista y una ensayista nos hicieron conocer sus libros.

Rosalba Aliaga Sarmiento (1) y Josefina Melo y Parravicini (1) hicieron los cuentos "Fantasías" y "Mis fantasmas", dos libros de testables.

Lector: cuando una mujer no sabe qué hacer, se mira al espejo, se ondula el cabello, se depila, se hermosea, en fin, artificialmente, y si es honesta, entonces hace puntilla o pañuelito o habla mal "de las otras"; ahora han caído en la cuenta de que no les está vedado hacer literatura en una época en que a la disolución se le llama libertad y escriben libros. Este es el caso de las escritoras citadas, incluso Margarita Arssamaseva (1) que novela unas estupideces eróticas sin llegar a extremar su naturalismo, que sería en su obra lo único interesante: el problema sexual visto por una mujer.

Finalmente Victoria Ocampo (1) ha derramado su erudición en un fino estudio — De Francesca a Beatrice — que ha constituido el acontecimiento social del año.

En rigor de verdad, escribir en prosa no es tan distinguido como el hacerlo en verso, lo que ha dado como pavoroso resultado, el siguiente: cuatro escritoras, cuatro libros malos.

CAPITULO III

Donde se toma en consideración a los que tienen trato con las musas, a los que las fecundan y a los que se contentan con desearlas

Hemos concluido de nombrar a las mujeres que quieren trato con las musas — lo que importa una práctica viciosa, — hablemos ahora de los varones que asedian a tan sublimes criaturas y admiremos de paso a los que gozan el privilegio de frecuentarlas.

Haríamos una primera clasificación: la de los aedas prendados de la fama. Jorge Luis Borges (1), Francisco Luis Bernárdez (1), Horacio Rega Molina (2), Enrique M. Amorín (1) y Alberto Hidalgo (1).

Borges exalta a Bernárdez y Bernárdez... a Borges. Rega Molina ha recibido no se sabe qué espaldarazo del vigilante Lugones. (Efectivamente, Lugones tiene una mentalidad de vigilante. De vigilante negro).

Amorín se raja por alcanzar la originalidad y da en la ridiculez del sobre con versitos. Hidalgo hace piruetas bajo la égida de Ramón.

El mejor de ellos es Rega Molina; pero "La vispera del buen amor" es un libro de ruiditos armoniosos y de ingeniosidades poéticas.

Descartemos ahora a los que no pueden presentar combate por carecer de armas. Y se llaman Nemesio Alzueta (1), José Rotundo (1), Alberto Blund (1), Bautista Iturrería (1), Alfredo Díaz Molina (1) y Ricardo Tutela (1).

Los mediocres son: Atilio García y Mellid, (1), Fermín Estrella Gutiérrez (1), Delgado Fito (1), Francisco López Merino (1), Ro-

berto Ledesma (1) y Eduardo María de Ocampo (1).

Entre éstos se destacan Bernabé de la Orga (2), Arturo Orgaz (2), Luis Cané (2), José S. Tallón (2) y Silverio Vázquez (2).

Blomberg (2) y Bufano (2) son dos veteranos del verso. Enrique Méndez Calzada (1) — que es el tercero o cuarto humorista argentino (el primero o segundo es Cencela) — debe figurar entre los malos, lo mismo que Ricardo Gutiérrez (1).

No quedan más que José Pedroni (3) y Fernández Moreno (3).

Total: veintiocho poetas nacionales. Dos buenos: Pedroni y Fernández Moreno; dos detestables: Alberto Hidalgo y Díaz Molina. Entre los restantes hay de todo, como en la viña del Señor.

CAPITULO IV

Donde se dice de los que escriben para decir algo y de los que lo hacen por pasatiempo

Si veintiocho poetas dejan apenas dos libros aceptables, cuarenta y seis prosistas dan nada más que tres. Pero en cambio redúcese la cifra de los mediocres que pasan decididamente a la partida de los malos.

Entre los novelistas no hay ninguno bueno. Si, como se afirma, Roberto J. Payró (1) es uno de los padres de la novela nacional, hay que echarle a la cara el que haya engendrado hijos raquíuticos y escrofulosos. Su última novela es una obra de periodista aburrido.

Max Daireaux (1) con "El Gaucho", prueba su incapacidad para la novela y su falta de honradez artística y "Desierto de piedra" de G. Martínez Zuviría (1) confirma lo que hemos repetido hasta el cansancio; esto es: que Martínez Zuviría (1) es de una mediocridad hasta el presente no igualada, que ha superado en mucho la de las Carolina Invernizio y Luis de Val, de la literatura.

Frente a esta trilogía de los que escriben sin tener nada que decir, citaremos cuatro novelistas jóvenes: Eugenio Julio Iglesias (1), J. Salas Subirat (1), M. S. Danero (1) y Carlos Molina Massey (1). Es de nuestro deber confesar que no aventajan a los viejos.

Total: siete novelistas, siete libros del común.

CAPITULO V

De los cuentistas por orden de méritos

Más numerosos los cuentistas, pero no más afortunados. Benito Lynch (3) y Elías Castelnovo (3) son los buenos. Roberto Mariané (2), Arturo Capdevila (2) y Samuel Eichelbaum (2), siguen en orden de mérito a esos autores.

Aunque Eichelbaum tenga una visión no muy exacta de lo que debe ser el cuento y Capdevila se haya convertido en un vulgar parlanchín literario.

Detrás vienen Alberto Prando (2), Enrique M. Amorín (1), su obra no nos parece buena y sí interesante — Roberto Ortellí (2), que está bien orientado por ser libro primerizo —, Paul Armand (1), Enzo Aloisi (1), G. Guzmán Saavedra (1) y en último término Arturo Lagorio (1) y Knut Hamsum (1), juvenil autor que ha reincidido en la publicación con un libro titulado "Inocentes".

El autor (1) del presente comentario estadístico también ha publicado un libro de cuentos — *Los Pobres* (1) — que ha sido mal recibido por la crítica y desahuciado irremediablemente por el corresponsal de guerra del diario "Crítica", Enrique González Tuñón.

Total: catorce cuentistas. Dos buenos y doce surtidos.

CAPITULO VI

De los fabulistas, género muerto; de los poetas prosaicos y de algunos libros que escapan a la clasificación

Pedro Miguel Obligado (1) ha publicado un volumen de pequeños poemas en prosa. Vibra en ellos su alma estremecida. Otro espíritu sublime — de los que nada tienen que decir — Gonzalo Carbalho (1), ha dado a la luz *El libro de Angel Luis*. No conocemos *La isla de las rosas rojas*, de Atilio Chiappori (4) y *De la fuente interior*, de Manuel Núñez Regueiro (4), por lo que nos limitaremos a consignarlos.

Espíritus más prácticos, aunque románticos, han reunido en volumen los recortes de sus principios literarios con fines de propoganda electoral — tal el caso de J. A. Solari (1) en *Cosas y tipos* — y con vistas a la gloria literaria, como Carlos A. Silva (1) en *Pasamantías*.

Montiel Ballesteros (1) que es el organillo oficial de las cosas nativas ha impreso un nuevo disco criollo titulado *La raza*.

Los fabulistas son dos: Juan B. Terán (1) y Ernesto Morales (1). El primero debe ser un hombre gordo, con dinero y sin ocupación. En cuanto a Ernesto Morales, expulsado del parnaso después de la publicación de aquellos versos que casi llevan a la quiebra al "Caras" y que empezaban así, si mal no recordamos:

Yo soy de Vicente López

Y mi novia es de Florida...

Exhuma leyendas guaraníes en sus ratos de ocio. ¡Curioso que un muchacho tan tímido, tan delicadito y tan buen mozo se dedique a esas cosas de indios salvajes! El doctor Noé (1) ha publicado una antología política en la que se cita como de limosna el nombre de Juan

Pedro Calou, que, sin desprecio para nadie, está por encima de los que en su compilación.

Tres escritores han hecho libros de viajes: Sergio Piñero (1), Aníbal Latino (1) y Julio Aramburu (1). En los tres predomina el concepto del viajero burgués, no hay el artista y mucho menos en *El puñal de Orión*, un libro "pour épater".

Inquisiciones, de Borges (1), es libre mancebo.

Finalmente, Octavio Palazolo (2) ha reunido sus crónicas teatrales en libro y Víctor Mercante (1) otro de los que no dicen nada, sus *Charlas pedagógicas*.

Total: diez y seis libros. Dos que no hemos leído: *La isla de las rosas rojas* y *De la fuente interior*. Restan catorce libros malos.

CAPITULO VII

De los que piensan y de los que divagan

La civilización manual, de B. San Cano (3), es acaso el libro más importante en su género del año 1925, hombre trabajador y estudioso ha hecho sus letras sinceramente, sin demostrar deseo de notoriedad. Y en una edad en que otros chochean — Lugones, verbigracia — Sanín Cano regala un libro de buen sentido común.

Carlos Ibarguren (2) no ha debido ser muy exacto en la descripción de su *Manuelita Rosas*. Acaso la idealiza porque no es posible explicarse de otro modo ciertas contradicciones.

Arturo Cancela (2) que es el primero o el segundo de los humoristas argentinos (el tercero o cuarto es Enrique Méndez Calzada), ha publicado su segundo libro, titulado *El burro de Marouf*. Lo que Cancela dice, en parte nos parece bien; pero su humorismo no es de buena ley, al menos en este segundo libro. Siendo forzado, molesta como la conversación de esas personas que pretenden ser graciosas.

El arquitecto Carlos F. Ancell (1) ha publicado un serio trabajo sobre arquitectura titulado *La Biblia de piedra*. Mariano Antonio Barrenechea (4), *Niccolo de Nicelli*, que no conocemos y Alberto Palcos (2) un libro de asuntos superficiales, titulado *La vida emotiva*, título algo pomposo si se quiere.

Jorge Calle (2), con *El pasajero sugerente*, nos da una visión del Sarmiento anecdótico, que es un excelente sistema de contribuir a la historia.

Antonio de Tomaso (1), que no debe haber sido escuchado atentamente ha resuelto publicar en libro sus conferencias sobre "Socialismo, defensa nacional y paz".

Por último, Lugones (1), ha publicado en libro los artículos aparecidos en "La Nación", adobados con nuevas citas y referencias de sus anteriores profecías. El libro se titula: *La organización de la paz*, Buena escuadra, buen ejército, en fin, la hora de la espada.

RIMAS DE LUGONES

Nota — Lugones, con una consecuencia inhabitual en él, en dos artículos publicados en "La Nación, recientemente; ha vuelto a proclamar a la rima como elemento preminente en la poesía. Ya lo hiciera así, cuando publicó el "Lunario Sentimental". Creemos oportuno, por lo tanto, reproducir el artículo que a raíz de la aparición de este libro, publicó el maestro Rafael Barrett, y en el cual revela su agudeza crítica y su ironía pulverizadora. La resonante teoría de que toda la poesía se halla en la metáfora — según los pretendidos vanguardistas de última hora — tiene precedente en la teoría lugoniana, que la sitúa en la rima. Mañana saldrán quienes, por reacción a los vacuos versolibristas de hoy; proclamen el ritmo como elemento esencial poético. Todos huyen así del ripio aparente; pues, como lo dice Barrett de Lugones, el ripio constituye el "alma de su obra". Sin ideas y sin emoción, los elementos eternamente esenciales de la poesía — ideas rebeldes, emoción que denuncia una sensibilidad nueva —; sin ideas y sin emoción, estos vanguardistas de la retórica, no tendrían en rigor porque escribir. Lo hacen, sin embargo. Y justo es que no teniendo nada que decir, — nada ideológico, nada convencional — se disuelvan en malabarismos metafóricos, ingenio que en vez de emplearse en hacer reír, se emplea en publicar paradojas: ruido de jiga o de bombo: Ripio.

En uno de sus últimos y más característicos libros — «Lunario Sentimental» — dice Leopoldo Lugones que la rima es hoy el elemento esencial del verso, por haberse perdido la música de las sílabas largas y breves, a la usanza latina. No quedando otro medio de señalar el tono — ¿tono?

— ¿querrá decir Lugones ritmo? — que la acentuación, la rima viene a restituir al verso gran parte de su riqueza eufónica. Y Lugones, con una especie de furiosa paciencia, se pone a convocar rimas sorprendentes e innumerables, para cimentar en ellas el oficio de una poesía personal.

Yo, como algo salvaje en estos asuntos, soy desconfiado. No he oído recitar sus versos a Horacio ni a Virgilio, y renuncio a comprender lo que eran las sílabas largas y breves. ¡No hablemos de eso, pues! En cuanto al acento, basta atender a una conversación o escucharse un rato a sí propio, para descubrir que las sílabas no acentuadas están lejos de formar una pasta neutra. El acento marca las más intensas o más largas — dos cosas muy diferentes; — pero todas las sílabas tienen su intensidad y su duración definidas por el genio del idioma y el temperamento del locutor. De aquí, que la topografía de los acentos no nos anuncie nada fijo sobre la musicalidad de la frase. Una serie de sílabas acentuadas no produce, a no ser que el emisor se lo proponga, un resultado monótono. Ejemplo: pronunciad: «Yo no soy más vil que tú». Instintivamente, matizaréis la dicción y estableceréis una jerarquía fonética en que varios acentos gramaticales desaparecerán. Del hecho de que se acentúan las palabras francesas en la sílaba final, un aturrido profesional de retórica podría deducir que la melodía del verso francés es pobre. Víctor Hugo le infundió una vida nueva de suntuosidad incomparable, sin revolucionar la acentuación, y no es acaso uno de los más hermosos versos de Racine el siguiente, compuesto de monosílabos:

«Le jour n'est pas plus que le fond de mon cœur.»

Sospecho que la distinción entre las palabras y entre las sílabas existe en el papel, y será útil para aprender una lengua o para seguir su historia, o para cualquier fin analítico; no para penetrar las síntesis poéticas, a cuyo calor los contornos ortográficos se funden, y el verbo deja de ser un mosaico y se convierte en un irisado chorro

El libro de De Tomaso es superior al de Lugones; pero ambos divagan en vez de razonar.

Total : nueve. Uno bueno, dos divagadores y el resto pasable.

TABLA DE CLASIFICACION FINAL A MODO DE EPILOGO

Los autores pueden encontrar su clasificación por el número que se les ha dado.

		AÑO 1925				
		(1)	(2)	(3)	(4)	
		Publicados	Malos	Pasables	Buenos	No leídos
<i>Mujeres</i>						
Verso	5	4	—	1	—
Prosa	4	4	—	—	—
<i>Varones</i>						
Verso	28	18	8	2	—
Prosa	46	29	11	3	3
Totales	83	55	19	6	3

¡Sobre 83 libros publicados, 6 buenos! La proporción es aplastante.

LEONIDAS BARLETTA

donde todo canta de una manera inesperada y continua. Difícil es deslindar de él un organismo completo. Me parece, sin embargo, que la individualidad frecuente del verso es natural a la poesía, arte de suyo propicio a una delicada y breve perfección. La belleza absoluta del verso aislado es, muchas veces, indiscutible. En este octosílabo de Guido y Spano:

«Llora, llora, urutaú...»

o en este eneasílabo de Guerra Junqueiro:

«Negro Himalaia de agonías»,

o en este alejandrino de Cecilia Sauvage:

«La lune amarre là son petit bateau d'or.»

el esplendor misterioso de la forma no se debe a la rima ni al orden de los acentos, sino a una suerte de aliteración celestial. El verso libre de Lugones atiende principalmente al conjunto armónico de la estrofa, subordinándole el ritmo de cada miembro. Nótese que no se merma la autonomía del verso, sin tender a la prosa, y que los primeros poemas del «Lunario» no son sino prosas rimadas. «Las formas clásicas — dice Lugones — resisten en virtud de la ley del menor esfuerzo.» ¿Y hay recurso más clásico que el de la rima y más favorecido por esa ley?

El autor, preocupado excesivamente de la rima rara que hace pintorescas a las poesías sólo por el borde (como ciertos países), compite con Ros-tand en los consonantes de doble y triple expansión:

«Y la luna en enaguas
Como propicia náyade,
Me besará cuando haya de
Abrevarme en sus aguas.»

Y:

«La luz que tu veste orla
Gime por verse encadenada por la
Gravitación de sus siete soles.»

Y:

«A tu suave petróleo
El bergantín veloz
No se sabe si es mole o
Fantasma precoz.»

Y sobre todo:

«Por eso él
Con un arte más alto que el Himalaya
Lima la ya perfecta siempre mal, ¡y malhaya
A la pérfida luna que su éxito combate!»

Quevedo: — ¡Hay consonante para fraile! —
Hayle.

Es claro que Lugones se da las rimas *a priori*. Sus conocimientos de técnica científica le salvan. Los términos de química inorgánica, especialmente, le suministran esdrújulos preciosos. Pero no se pasa de «murmurio» a «mercurio», de «aplomo» a «bromo», de «jamba» a «caramba», de «soponcio» a «estroncio», de «salamandra» a «escafandra», de «escénico» a «arsénico», de «zarzo» a «uarzo», de «testimonio» a «antimonio», de «cobalto» a «basaltos», de «garbo» a «ruibarbo», etcétera, sin exponerse a que no ya los intereses de la poesía, sino los del sentido común se rompan un hueso en el camino. Todos los alpinistas de la pluma

se estremecerán ante este itinerario de «teórico» a «hidroclórico»:

«Quiero mezclar a tu champaña
Como buen astrónomo teórico
Su luz, en sensación extraña
De jarabe hidroclórico»,

y se desmayarán ante éste:

«El sastre a quien expulsan de la tienda
Lumbagos insomnes,
Con pesimismo de ab uno disce omnes
A tu virtud se encomienda.»

Cuando Valbuena, terror de los ripiosos, topaba con algún «afanes prolijos», rugía ferozmente: — Estoy viendo venir a «los hijos!» En Lugones ocurre lo inverso; jamás hay ripio en la rima. Pero todo lo que no es rima suele reducirse, para justificarla, a un enorme ripio. Los ripios de tan ingenioso artífice tenían que pertenecer a una categoría excepcional. Son el alma de su obra. Son imponentes y complicados. En ellos quizá mejor que en otras producciones menos anormales, resplandece el vasto talento del compositor argentino.

Rafael Barrett.

SUBURBIO

Va oscureciendo. Las casuchas se agazapan a los lados de la huella. Ni calle, ni vereda. La huella es ancha y noble y sinuosa. Un zanjón embalsa un agua verdinegra donde un centenar de sapos, asomando sus ojos apoplégicos, croan, silban y bisbisean. Una vieja, siempre una vieja, está sentada, inmóvil, delante de la puerta de una habitación de madera.

En los baldíos los muchachos encienden fogatas para ahuyentar los mosquitos.

Junto con el aroma del cedrón que reverdece, sube un olor a mugre que forma una cortina espesa delante de las narices.

La municipalidad ha tenido vergüenza y ha dejado al barrio sin luz para que no se vea tanta miseria; pero mañana el sol se a divertirse vivificando a los entecos «cirujas» que juntan huesos, trapos y botellas vacías y a los piojos que les agujerean el cuero cabelludo.

El que pretenda hacerse dueño de todo, poseerlo por entero y excluir a sus semejantes de la tercera o cuarta parte, no es un hermano, sino un tirano, un bárbaro cruel, o por mejor decir, una bestia feroz, cuya garganta, está siempre abierta para devorar el alimento ajeno.

San Gregorio de Nisa.

El próximo número de
LOS PENSADORES
aparecerá el 24 de marzo

PETALOS ROJOS

(De un libro a publicarse)

Al soplo de la más leve brisa la hoja tiembla. El tronco permanece impassible ante el huracán. Este presupone aquélla como cosa inherente que le es.

Todas las cosas, todos los seres tienen dos valores: el que nosotros gratuitamente les adjudicamos y su valor intrínseco, el verdadero.

La montaña aun resquebrajada y dispersada en átomos, lo es.

Estetas y pensadores hablan de dignidad. Yo, sin improvisarme, diría: una cosa que de alto que va, ni ve...

Altivez: atributo incommovible de dignidad. A sus relumbres plenos, la "gens" bauna se mura, se arrinconea.

La vida es toda la Tierra, el aire, el sol... El hombre primitivo y desocupado, planta un triángulo insignificante sobre el haz de la tierra afirma, por comodidad y conveniencia, que fuera de él están el libertinaje, el robo, el crimen, el adulterio, lo miserable, todo lo que degrada y envilece, en fin. Con la retina contrahecha, si traspasáis con un dedo o con la nariz los límites de esa figura, vociferará a los cuatro vientos eso: Que habéis sacado un dedo, la nariz... Os explicáis ahora por qué el hombre ama la patria, la moral, la filosofía, el pasado y lo porvenir, la religión, esa serie de ficciones absurdas y groseras que tanto agobian las espaldas humanas?... Cómo criticar los actos de nuestro prójimo si antes no tendemos una línea supersticiosa que nos permita descargar el peso de nuestra imbecilidad, diciendo que Fulano asomó un dedo, la nariz?...

Un ladrillo no es una casa, ni muchos ladrillos son todas las casas. De igual manera el hombre es una parte, sin que muchos hombres formen un todo...

La inteligencia más limitada, con plena conciencia de su aislamiento, se aferrará al alimento y a la mujer como el naufrago a la tabla. ¿Cuántos eruditos, historiadores, poetas, seguirán investigando, describiendo, escrutando, si por anticipado supieran su trabajo condenado a un eterno anónimo?

La palabra es el vehículo de las más grandes injusticias.

El hombre es tanto más justo cuanto menos habla de sus semejantes.

Del estiércol de la Sabiduría, nace la dulce flor de la Locura.

¿Dónde están las tenazas para rranear del hombre ese clavo envenenado: la palabra?

¿Qué pensaríamos de un caminante que acertando pasar por un pantano se enfureciese como un energúmeno contra las mefíticas emanaciones que con creciente ensañamiento asaltarán su pituitaria? ¿Habrá necesidad de añadir que el crimen y la crápula son para la humanidad miasmas?... ¿Por qué dejar en descubierto el pantano?...

El águila se cansa de volar y la cumbre de serlo. Pero el águila seguirá ostentando sus alas como un desafío y la cumbre su fiereza contenida a las nubes insolentes.

Por qué los esclavos y los tiranos odian a muerte la libertad? Porque todo tirano es un esclavo y viceversa.

Tarea ardua es para una persona idealista, tener que dilucidar diferencias con aquellas que lo subordinan todo al centavo: o se rebaja hasta éstas, lo que no es posible, o aquéllas suben hasta su espíritu, lo que tampoco lo es.

Si quieres obtener la piedra de toque de la amistad, espera una de esas crisis que no faltan en la vida.

Muchos secuaces de todos los credos, dejan de serlo cuando su dirigente más visible se constituye en tráfuga o abandona la lucha, y eso porque nunca lo fueron.

La organización actual es tan infinitamente desproporcionada, que se necesitarían palabras como montañas para lapidarla. Y como el diccionario no registra tal vocabulario, para evitar tamaña empresa, lo conducente sería destruirla.

¿Desprecias las riquezas? Eres dueño de todas ellas. ¿Desprecias la vida, la muerte? Acuéstate: ellas te servirán en todo momento como un lacayo uterino.

El suicidio ni es arrojo ni cobardía. Es sencillamente un acto entre todos.

¿Qué es la valentía? ¿Y la cobardía? Estados orgánicos como la timidez, la megalomanía, la locura... ¿Por qué empeñarse en exaltar una con menosprecio de la otra?

¿Defiendes la dignidad? Careces de amigos. ¿Tienes muchos amigos? Has pasado por todas las claudicaciones.

MARIANO TORRES.

VARIACIONES SOBRE UN DELIRIO COLECTIVO

Hubo un tiempo en que los españoles eran muy hazañosos. Pero ese tiempo está lejano. Ayer los españoles con la sola esperanza de que fuera posible la hazaña de Franco, levantaron tamaña alharaca que bien a las claras mostraron que no están ya acostumbrados más que a soñar con la esperanza de las hazañas, pero no a la realidad habitual del esfuerzo, que es el único heroísmo.

Si España fué alguna vez, como dicen los españoles, la nación más hidalga de la tierra, sin duda que hoy no lo es, cuando los hombres rezan porque un audaz vuelva, y consienten cuando un idiota reina, no tienen dignidad civil y admiran a un audaz porque obedecen a un idiota. Cuando hay un hombre capaz de arriesgar la vida como Franco, por volar sobre el océano, de España a Buenos Aires, y no le hay para acabar con un rey que dentro de España hace befa del pueblo, este pueblo no parece de hombres. Es de muñecos audaces y deportistas con figura de hombres, pero no de hombres con voluntad audaz. El muñeco audaz es manejado por los cordeles de la vanidad y de la boga: está en boga la aviación y da gusto a la vanidad ser un héroe aviador; por eso Franco vuelva. Pero no está de moda en el mundo jugarse por la libertad, porque éste es un juego que siempre ha sido para pocos; y no se encuentra por ahora en España ningún valiente fuera de moda.

Este aviador Franco es un militar que si estuviésemos en el tiempo de la guerra de independencia, en vez de venir a visitarnos vendría a bombardearnos, como ha estado bombardeando a los moros que luchan por la independencia. El rey de España se interesaría lo mismo por la hazaña, y en vez de informarse de cuántos banquetes le hayan ofrecido, se informaría de cuántas bombas nos hubiese lanzado. Y se frotaría las manos con idéntica satisfacción. Considérese según esto qué significación podemos atribuir a todo este zafarrancho de cortesías y de bombos de ahora, que en el otro caso sería con igual ligereza un zafarrancho de invectivas y de bombas. Y así como hoy a muchos, de comer, se nos constiparán las tripas, en el otro trance muchos quedaríamos destripados. Pero la hazaña de Franco y el contento del rey Alfonso serían los mismos.

Nosotros no somos amigos de España. No queremos esas amistades. No somos amigos de las gentes que tienen un régimen de vida que no sólo es distinto sino hostil al nuestro. Somos amigos solamente de los españoles republicanos, así de los de España como de los de la Argentina, y somos enemigos de los españoles monárquicos, así de los de España como de

los de la Argentina, aunque tengan muchos anuncios que dar; como somos enemigos de los monárquicos de todo el mundo.

Los Estados Unidos eran enemigos de la Alemania kaiserista, y hoy son amigos de la Alemania republicana. Nosotros negamos por ahora toda confraternidad entre España y la Argentina. No queremos fraternizar con un rey, ni queremos fraternizar con un pueblo que en su pobrerío espera de América sólo pesos y que se queda allá conforme con la canalla monárquica que le tiene depauperado y agarrado. Nuestra fraternidad es con los pueblos libres y con los pueblos que si no lo son, al menos quieren y hacen por ser libres. Nuestra fraternidad es con Cataluña y especialmente con Barcelona, porque es el único lugar a donde el rey Alfonso rara vez se atreve a ir.

El aviador español Franco ha batido un record de volación. Y el pueblo español está batiendo un record de abyección. Nadie ha sido tan audaz como Franco. Pero nadie es tan francamente miserable como ese pueblo. La aviación española tiene a Franco que pasa los aires del océano; y la nación española tiene las urdes traspasadas por el hambre y el cretinismo. Mientras Franco volaba, los españoles rezaban; y mientras los españoles se conformen con rezar, España estará vejada y humillada.

Cierto que por lo de las urdes los españoles pueden contestarnos con que no tenemos mucho derecho a hablar cuando acá están nuestros magníficos y numerosos opas y nuestros pobrecillos indígenas de los ingenios. Pero por esto mismo no hemos de ser amigos de un pueblo como el español que tiene tantas o más lacras que nosotros. Amigos de pueblos mejores que nosotros, sí, de los cuales podamos aprender para nuestro bien. Pero amigos de los que tienen tanta o más roña, eso no. Amigos de los Estados Unidos y de Inglaterra, con toda el alma, aunque no sea el alma de la raza; porque allá hasta los ricos sirven de algo. En España los pobres son serviles y envidiosos, y cuando no lo son, se van de España. En los Estados Unidos los ricos trabajan. En España los ricos son usureros con o sin disimulo. En los Estados Unidos los pobres se enriquecen con los ricos, y en España no habría ricos sin pobres que lo abonaran.

Maura ha muerto, y todos han ido a cantarle alabanzas, y nadie para acordarse de Ferrer. Sólo para los anarquistas, Maura, después de muerto, sigue siendo el asesino de Ferrer, como lo fué en vida. El otro asesino es Lacierva, que vive todavía. Y el más grande, el principal instigador es el rey, que reina to-

davía. Pero nosotros somos gentes de cierto buen sentido, así psicológico como histórico; por eso no somos anarquistas; pero por eso mismo creemos que el crimen de Maura contra Ferrer fué uno de los más estúpidos y crueles de entre los crímenes sociales. Si Maura fué, según dicen, un hombre inteligente, su crimen se hace desmesurado; porque un hombre inteligente que no sea anarquista sabe que en el fondo todos los anarquistas son inofensivos. Ferrer era peligroso porque, a pesar de ser anarquista, era un hombre de acción y todo un caudillo. Maura, ¿quiso acabar con el anarquista Ferrer porque creía peligroso al anarquista o porque creía peligroso al caudillo? Pero el caudillo, ¿no quedaba neutralizado por el anarquista? Completamente. Si Ferrer no hubiese sido anarquista, él hubiese logrado acaso o la reparación de Cataluña o la república española. Ferrer en el lugar de Lerroux habría acabado con la monarquía con menos discursos que los que sin resultado lleva dichos Lerroux. Los anarquistas se hacen la ilusión de ser peligrosos; sólo son candorosos y, cuando más, imprudentes; cometen atentados que rara vez les valen de algo y las más de las veces a todos dañan. Los burgueses estúpidos se han dejado convencer por la vanidad ilusoria de los anarquistas y por eso los creen peligrosos.

Maura asesinó en Ferrer no a un anarquista sino a un gran jefe político. La que más ha perdido con la muerte de Ferrer es la burguesía española. Concedamos que alguno de aquellos motines que en aquel entonces hubo lo hubiese promovido Ferrer; por eso no se manda matar a nadie. Los militares a cada rato promueven pronunciamientos, y aun guerras, y no hay gobierno que los fusile, sino que todos los excusan cuando no obedecen. Lo que hizo Ferrer no era la mitad de peligroso y revoltoso de lo que hacen las juntas militares y Primo de Rivera; y ya se ve: las juntas conspiran y están salvas, y Primo de Rivera manda y está orondo y Ferrer muerto, por mucho menor motivo, cuando precisamente los anarquistas debían haberlo dejado tranquilo, porque él mismo con la secta se habría trabado las manos.

Quien se entienda algo de fisonomías y le haya visto la cara y el gesto a Alfonso de Borbón, sabe que es en el fondo y por la facha un audaz valentón y pícaro. Está jugándose el trono y lo hace con la tranquilidad desvergonzada de quien desprecia al pueblo y de quien no necesita del trono para más. La fortuna del rey está en buena parte fuera de España. Mientras pueda estarse entre los españoles o, mejor dicho, encima de los españoles, pisoteándoles con su bota, se estará; y cuando las pajas quemadas allá quedará eso: él se irá a Inglaterra o a los Estados Unidos a vivir de sus crasas rentas, después de haber despilfarrado durante varios lustros las flacas rentas de la dignidad de España.

JULIO FINGERIT.

¡DESPIERTA, SOÑADOR!

Soñador: la corona de espinas como un regio presente te aguarda; abandona los muelles ensueños; al sol de la vida, levántate y anda!

¡Soñador: flagelado Eccehomo de una eterna vía crucis privada: deja al viento gemir en su fuga; tu horror hecho verbo solivie las almas!

¡Soñador: ya una urna está pronta; incinera tus cuitas vedadas, y en el mar sin riberas del mundo embebe la esponja febril de tus ansias!

¡Y retírala llena de sangre —roja sangre de angustias humanas—, flámescante de amor y sapiencia, genial y explosiva cual ígnea granada!

Y proyéctala inmensa en el orbe, chorreando sus turbias infamias, enal matriz de la chusma rebelde que incuba en su seno viril otra raza!

¡Que se empape de ella la tierra, los desiertos, los montes, las aguas, los abismos, las urbes, los campos, el día, la noche y el tiempo que pasa!

¡Que fecunde las mentes estériles, y las flácidas ubres exhaustas, y las yertas simientes sedientas, y el óvulo exangüe de todas las savias!

¡Que enrojezca las fuentes salubres do los héroes libérrimos sacian la augural ardentía universal que encrespa y hermana las viles canallas!

Soñador: rutilante querube de los cielos de todas las fábulas: no confíes en dioses etéreos, por lecho ni presa, talento ni gracia!

¡La lanzada cruel de la envidia te recuerde lo vil de la casta; y el tajante soslayo del odio, que a rudas empresas prepares tus garras!

¡Pues es hora de ir por tu riesgo —paladín de inefables cruzadas— en honor de los nuevos derechos que forjan los pueblos rebeldes en armas!

¡Que el riente gorjear de la alondra te suscite amorosas nostalgias: la infinita visión de las vírgenes que en vano acicalan sus formas intactas!

¡No te pierdas al precio irrisorio de una breve pasión miseranda, ni enajenes, por goces de un día, augustos designios, tendencias preclaras!

¡Sé tú mismo tu terrestre, cumplidor de tu propia enseñanza, voluntad depurada en crisoles de férrea experiencia, a prueba de lágrimas!

¡Que del piélago ingente del cosmos reasumas la luz increada, y mejor que el llameante Zodiaco tus hombros sustenten la antorcha de tu alma!

ARMANDO VASSEUR.

LA SINFONIA PASTORAL

Primer tiempo: Allegro.

Juventud y amor pastoral: Grecia, Dafnis y Cloe, Mireya.

Recuerdos amables de la edad feliz en el hombre y en el mundo.

La savia que vuelve los árboles plenos de vida y que refleja el verde intenso de las plantas en las aguas del arroyo; que pone la canción en labios del pastor y la primavera en el aire puro; que hace surgir de los prados las emanaciones de la juventud y la inconsciencia paganas.

Segundo tiempo: Andante.

Un cuadro lejano de la campiña en reposo. El Angelus y la figura del pastor en un marco de verdes prados cubiertos de árboles que llenan con su tenue sombra la distancia. El silencio de la naturaleza adormecida, que se interrumpe levemente por el rumor de las hojas y la brisa. En un claro que las trepadoras enroscadas a los árboles cercanos llenan de sombras, el hilo de agua de una fuente acaricia las rocas y hace confundir su canción con las de las últimas aves, cuya armonía se vuelve más grave con la proximidad de la noche.

Tercer tiempo: Allegro (La Tempestad).

Los pastores, los hombres, están en un nuevo día de la naturaleza.

Conversan, parlotean, la sensación de vida los vuelve locuaces e ingenuos.

Hay una ebriedad de vida que llega al vértigo.

De pronto, todo queda en silencio.

Viene la tempestad.

Los árboles lloran atemorizados por algo anormal que presienten en el cielo. El viento pasa tajante sobre ellos, dando golpes que los tronchan. La emoción se apodera del viento y el viento tiembla al atacar la selva. Se junta el temblor emocionado del viento al sollozo de los árboles. Crece esta armonía extraña y llega a dar la misma impresión de vértigo que el canto de los pastores.

Al final, cuando sobreviene la calma, surge una canción.

Siempre de la armonía surge la canción, porque todo lo que es armonioso canta a la vida: la prosa, el verso, la línea, el discurso, el color, la selva y la naturaleza.

En la tempestad se siente la presencia de Dios. Parece que se le oyera venir de lejos y cernerse súbitamente sobre nosotros.

La obscuridad se vuelve densa y la impresión de que una fuerza sobrenatural domina a la tierra oprime el corazón, a la vez que una sensación desconocida recorre todo el cuerpo, como si el aire fuera presa de un magnetismo imprevisto.

El viento huracanado se deshace en suspiros y gritos que nunca le habíamos conocido; hay en las explosiones de la atmósfera una suprema armonía que deja en suspenso la respiración. Y de pronto se mezclan mil suertes de silbidos, como tropel de furias desencadenadas a la distancia; bramidos roneos en las copas de los árboles y sacudimientos en las hojas, que parecen abatidas por una mano grandiosa, invisible y poliforme.

Nuestros oídos tienen un límite potencial para abarcar esta hecatombe de disonancias múltiples, unidas en un instante para sobrepujarse en seguida recíprocamente.

Cuando ya el sobrecogimiento toma visos de terror y el alma abandona involuntariamente toda noción de realidad, se hace un silencio tan inesperado y tan potente como la culminación estruendosa que acaba de verificarse. Es como si Dios dejara la forma exteriorizada un minuto antes, para mostrar su presencia en el silencio y la negación de todo.

Se desliza un segundo más de infinito y vuelve a oírse un silbido lejano, como si la fuerza que nos ha embargado un minuto antes extendiera ahora su dominio en la distancia y fuese a recorrer el mundo con su distensión ilimitada. Muy lejano se percibe el suspiro del viento que, paulatinamente, con una regularidad ascensional de admirable tono, va ganando en diapasón, hasta venir nuevamente al paroxismo arrebatador de una fuerza incontenible.

Después de un nuevo silencio parece oírse gran cantidad de esos silbidos del viento, dispersos, que recorren la distancia y vuelven al caudal común, para cernerse de nuevo sobre nosotros y expandir su dominio en el ámbito infinito.

Dios es grande, imponente, multiforme, inexplicable para nuestros sentidos, pero evidente a nuestro instinto y a nuestra subconsciencia. Tiene cóleras que se vuelven acariciantes, y caricias que paralizan de pronto el corazón emocionado.

En el perfume que exhala la tierra humedecida por una súbita tormenta de verano hay más encantos que en todas las obras de los hombres, porque el humus removido y fecundado por la tormenta reacciona al contacto desconocido y extranatural; da su nota mejor, la nota más espiritual y más amable.

El aire se vuelve de una diafanidad imprevista, como si el agua lo hubiese cincelado y vuelto más transparente, más puro y más humano. Hay en él una emoción tan inexplicable como la nuestra.

La presencia de lo sobrenatural acaba de dejar una huella sobre la tierra, y nuestras facultades, incapaces de explicarse su emoción, vuelven rápidamente a la realidad; con pres-

teza tal que ni siquiera alcanza el soplo para percibir la emoción.

Y Beethoven, el infinito Beethoven, siente toda la trascendencia de la que acaba de ocurrir; registra todo el encanto; llega hasta a asimilar la esencia de lo sublime y tiene la gracia, la incomparable gracia de sorprender el alma del mundo con la tempestad de la Sinfonía Pastoral.

Este hombre toma una cosa de Dios y la da al mundo.

Dios escucha sorprendido, mira a Beethoven y tiene un gesto de indulgencia.

Cuarto tiempo: Allegreto.

De la canción final de la tempestad surge el Allegreto.

La naturaleza se ha embriagado con su despliegue de fuerzas y se entrega al reposo en un arrobamiento de armonías.

La selva tranquila y el corazón inmenso de Beethoven cantan...

Beethoven... ¿Quién es Beethoven?

"¿De dónde procede esa creación, si fué creada o no lo fué? Tan sólo Aquel cuya mirada vela por ella desde el más alto cielo, tan sólo Ese lo sabe; y aun Ese mismo, ¿lo sabrá?" (Rig-Veda, X, 1,29).

Oímos a Beethoven... después... ¿Quién va a juzgar lo que no se sabe? ¿Con qué palabras diríamos lo que no puede manifestarse con palabras?

Porque Beethoven ha usado el medio de expresión más sutil; ha llegado hasta el más allá. Ha incorporado a su técnica admirable el mismo enigma y la misma penumbra de lo desconocido.

Romain Rolland, Chantavoine, Berlioz, han hablado como hombres de gran corazón. Nos han descrito la vida de Beethoven y han analizado sus obras hasta donde alcanzaron. Llegaron casi a identificarse con el sentir y la ética de su arte. Conocen todo el mecanismo, saben qué notas empleó, qué cadencias, qué ritmos; todo lo que produjo la emoción de la obra.

Hasta aquí han llegado. ¿Después? La fuente de donde Beethoven extrajo el sentimiento, ¿dónde estará?

El cerebro de Beethoven. He ahí el reducto del misterio; la mansión desconocida, tan múltiple y admirable como la vida misma. Ni el hombre, ni el genio, ni el artista, saben nada. Hay cosas tan sublimes que no pueden haber más que en la inmensidad. La inmensidad de un cerebro y un corazón.

Si fuera en nuestro cerebro, tal vez podríamos buscar un indicio que nos explicara el enigma.

Pero en otro cerebro, ¿quién buscará?

En otro abismo, ¿quién verá?

J. SALAS SUBIRAT.

¡Dirás que no eres ladrón, tú que haces exclusivamente tuyo, lo que debieras comunicar y distribuir a los demás!

San Basilio.

LITERATURA ESPERANTISTA

La Princesa Por Tom Andersen

Muy pocos de vosotros, muchachos, habéis tenido la oportunidad de ver a una verdadera princesa. Todos vosotros habéis oído hablar de ellas en vuestros libros de fábulas.

"¡Oh, princesa, exclamaba una muchachita. Es admirable; es hermosa. ¿Es una ninfa? ¿De qué mundo viene? ¡Ah, si yo pudiera ver una princesa, sería tan bonito!"

Muchachita, muchachita, princesa como príncipe, rey o reina, lor o lorda, duque o duquesa, barón o baronesa, marqués o marquesa, son parásitos de la esclavitud tradicional.

La princesa no es ninfa, no es admirable ni bella; no está hecha de puro oro. Si no fuera por sus vestidos se la podría equivocar por una lavandera. Tiene hermosos vestidos, cientos de vestidos, botines y zapatos, blusas y sombreros. Tiene ella más de esos objetos para una breve estación del año que todas las muchachas de esta escuela pueden tener en toda su vida. Tiene elegantes pendientes de perlas que valen miles y miles de libras esterlinas. Tiene en sus dedos sortijas que relucen como estrellas; su ropa interior cuesta más que la de mil obreras. Tiene todas esas cosas porque es princesa, y una princesa es solamente una parásita.

Tiene una gran cantidad de esclavos para seguirla, y esos desgraciados esclavos son calificados de esclavos superiores, porque tienen el alto honor de escoltar a la princesa.

Ellos la lavan y la visten, la quitan sus vestidos y la acuestan; y hacen todo por ella como si fuera un recién nacido. La hacen comer y están de pie junto a ella hasta que haya comido, y cada deseo de la princesa es cumplido al instante. Si la princesa está enferma la asisten los mas grandes doctores. Todos los más grandes diarios del país imparten despachos a los más lejanos puntos del mundo. Cuando la princesa ríe por cualquier cosa, la fotografían. Ora la princesa habla a una mujer pobre cuyo marido ha muerto en la guerra; ora la princesa toma en sus brazos a un nene de una casa de desamparados.

Cuando la princesa se casa son necesarios 15 sacerdotes para casarla. Las calles por donde ha de pasar están profusamente adornadas. Se proclama fiesta para los hijos de los esclavos, para que sus cerebros queden impresionados con las grandezas de la princesa; todos los grandes del país acuden a la boda. Es un grande y admirable asunto; tan grande y admirable que hace a los esclavos olvidar sus pobreza y miseria, y hacen fila con sus harapos y miseria escandalosamente. "Alegría y felicidad para la princesa", y la princesa ríe.

¡Nada extraño! Es una gran broma. Todos los hombres rien en las grandes ceremonias de los desgraciados esclavos por su ingenuidad infantil.

(De "Yennaciulo".)

TEÓFILO DÚCTIL.

APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA

POR

LUIS RICARDO VISCONTI

DEJEMOS EN PAZ A LOS FOSILES...

En números precedentes de "LOS PENSADORES" los que pergeñamos estas páginas hemos venido ocupándonos de aquellos que — por sus ideas ya que no siempre por sus años — podríamos denominar "fósiles de la literatura". Y al ocuparnos de ellos les hemos concedido, quizá, mayor atención de la que realmente merecían.

Pero, si en un instante determinado estuvo justificada esta labor de saneamiento intelectual, creemos que, actualmente, ella no tiene objeto. Porque, en efecto, la situación ha cambiado hoy en forma radical. En primer término, esos falsos valores que ocupan, inmerecidamente, puestos de primer plano en el pequeño escenario de nuestra literatura, han sido desmascarados, disecados y reducidos a su verdadera condición: a fósiles anquilosados, carentes de vida y de ideales. En segundo lugar, las fuerzas de la izquierda literaria se han agrupado al presente, en forma que creemos sólida, levantando valientemente la bandera roja del proletariado y oponiéndose al mercantilismo, a la cursilería y a la ruindad del ambiente mezquino que las rodea: de tal suerte que, frente a la abrumadora mayoría de los intelectuales ricos — ricos de dinero — alquilados por la burguesía, se ha alzado una minoría selecta de intelectuales pobres — pobres de dinero — que trabajan por la liberación espiritual y material del pueblo.

Por las razones que acabamos de señalar, pensamos que resulta inútil seguir criticando a la fauna aburguesada y venal de los intelectualoides de la derecha. Por el contrario, lo que nos corresponde ahora es hacer obra propia y original, comprendida dentro de los ideales revolucionarios y renovadores que nos animan.

Dejemos, pues, en paz a los fósiles...

¡Que sigan dando a luz sus engendros e idiotizando a las pequeñas mentalidades burguesas!

¡Que sigan prostituyendo su pluma y lamiendo los pies de los poderosos!

¡Que sigan, los ególatras, elogiándose mutuamente e ignorando el dolor tremendo que tortura a todos los desheredados de la tierra!

Nosotros los rebeldes, los herejes, los rojos de la Extrema Izquierda, menos "literatos" pero más humanos que ellos, vamos a hacer obra propia, y nuestra tarea, sobre ser más elevada que criticar la imperfección ajena, será, también, más eficiente.

HOMENAJE A INGENIEROS

Dos publicaciones — "Nosotros" y "Revista de Filosofía" — han editado números especiales destinados, íntegramente, a recordar la vida ejemplar de José Ingenieros.

Ambos números contienen una serie de trabajos estimables, escritos con cariño y entusiasmo, si bien a algunos de esos trabajos se les podría formular ciertas objeciones, aunque no es del caso hacerlas ahora. Señalemos, empero, que se ha descuidado un tanto el aspecto sociológico de la múltiple personalidad de Ingenieros. No vemos debidamente citado al gran amigo del obrerismo, al tenaz defensor de la causa proletaria. Sin embargo, aunque muchos pretenden ocultarlo, esa faceta de la vida de Ingenieros es una de las más nobles y honorosas.

Con todo, esos números de homenaje, merecen un franco elogio.

SOBRE LITERATURA RUSA

De Octavio Mirbeau

Es sorprendente que, para poseer lo que no tenía aún, una literatura nacional, Rusia haya tenido que aguardar la venida de Tolstoi. De Tolstoi y Dostoyewski, de esos dos hombres, de genio igual y distinto, que no puedo separar en el fervor de mi admiración. Antes de Tolstoi los escritores rusos copiaban servilmente a los escritores de Europa. Puchkine fué el primero que, en algunos poemas, cantó el alma de su país. Con los "Relatos de un cazador", Turguenef dió a tal impresión poética una más grande precisión realista, es decir, un mayor valor social. Y eso es todo... Pero, con Tolstoi, Rusia entera se ofreció a la faz del mundo. Tolstoi encarna la Rusia, crea verdaderamente la Rusia y, creándola, creó prodigiosamente la humanidad. Acontecimiento tan hermoso, verdad tan humana, amor tan rudo, piedad tan fuerte la de esta obra que llena el universo de una luz como no se había conocido hasta ahora. Y no solamente esta obra ha explicado los más tenebrosos fondos de la subconciencia, sin una mentira, sin una restricción, sin atenuación alguna lo que se cobija y encierra en el alma humana, sino que ha dado un cuerpo a las aspiraciones del pueblo ruso, una actividad a sus anhelos y un guía a sus esperanzas de libertad.

Y poco importa que esa palabra de verdad ardiente, de realidad tangible, se oculte a veces bajo velos místicos, puesto que es al pueblo y es a la humanidad a la que despierta de su

EPISTOLA A UN AMIGO DISTANCIADO

Ayer nomás estábamos
en una comunión de aspiraciones
asaetando fervientes
el blanco del futuro.

Las manos implacables del hastío
y de un sordo dolor nos estrujaban
en aquella mazmorra oficinesca,
hasta que un día — caro a nuestras almas —
aljofarados de hondo regocijo
encendimos las lámparas canoras
de nuestros versos jóvenes.

Tú desplegaste como una bandera
ante mis grandes ojos fatigados
el panorama azul de tus estrofas
del *Poeta Empleado*
y tu efusión cordial abrió las puertas
a mi pueril jovialidad cautiva:
(Yo que era alegre como un sonajero
desparramé a puñados desde entonces
moneditas de sol en la oficina).

¿Recuerdas, en los lánguidos y tibios
crepúsculos de Estío,
aquellas caminatas fraternales
al Retiro, a la vez lejano y próximo?

Tú perfumabas las conversaciones
con el límpido nombre de tu novia
siempre presente en tí: *Aída Matilde*
y yo escanciaba en vasos diminutos
el vino de mis bromas inocentes
que hacían estallar los sonoros
cohetes de tu risa.

letargo proclamando su libertad y la felicidad
que ella quiere.

He tratado de buscar en las demás literatu-
ras una figura que pueda compararse con la
de Tolstoi y una obra semejantemente huma-
na. No la he encontrado. No la encuentro en
ninguna parte. Todas tienen un fin: la lite-
ratura. Aquella es de la vida, única y apasio-
nadamente de la vida.

PERLERIA

La llamada "Liga Patriótica" ha distribuido
un millón de hojas "con el propósito — dice
un diario de la burguesía — de difundir entre
la clase trabajadora del país el hábito del aho-
rro y los benéficos resultados que él com-
porta".

Sería inútil que repitiéramos que el ahorro,
el ahorro burgués, es una de las farsas más
grandes con las que se intenta amancebar la
rebelión del proletariado. El ahorro es una me-
ra ilusión que, por medio de la avaricia y el
egoísmo, tiende a domar los ímpetus liberta-
rios de los oprimidos. El ahorro, preconizado
por los burgueses patrioteros y millonarios, es
un espejismo engañoso y una cruel mentira.

En el ocaso del mil novecientos
veintitrés, con antiguos camaradas
del Nacional trajimos al godible
"Sancho Panza" sin rucío y sin Quijote
y tú me hiciste conocer a aquella
muchacha rubia como una mañana
dominical de Enero
la de los versos francos y salaces
del *Libro de él*, ¿te acuerdas-
(—Ahora un paradójico simplista
me habla de ella como un enamorado—).

Anudamos después nuestros afectos
con *Yunque* el tolstoiano
y el craso Riccio a quien me ponderabas
con gratitud de humilde catecúmeno,
—a mí se me antojaba una pianola
de cafetín portuense,
pero hogaño comprendo que es un hombre
vestido de poeta ciudadano—
y en la hosca oficina nuestras horas
tornáronse más leves,
tan leves, sí, que cuando sobrevino
nuestra expulsión — (hacíase imposible
soñar y escribir pólizas cuajadas
de notas y guarismos alevosos) —
abandonamos una tajadita
de corazón llorando sobre la *Underwood*.

Y comenzaron a salvar kilómetros
nuestras epistolares confidencias,
tú estabas en Monroe con tus padres
y yo en ésta, empeñado en la irrisoria
persecución del sueldo fugitivo,
—más nuestras cartas siempre estaban horras
de comunicaciones comerciales—
como una mariposa, entre sus pliegues,
—ténue almohadón—siempre dormía un verso.

Y una tarde — yo entraba
en los 18 años — cuando vino
el amor a sonar en mi pandero
y fué un amor fugaz como la vida
de las rosas del verso de Malherbe...,
entonces
yo serené mi espíritu travieso
y adopté un aire grave cual si fuera
a sepultar mi vida en un convento.

Y tus palabras fueron como manos
piadosas; las recuerdo...
Pero alguien un día
cercenó aleve nuestro claro afecto
y los altos y hostiles
muros de tu cuartel contribuyeron
a separarnos más, como una barea
que se llevara a un niño ante el hermano
que clama vanamente desde el puerto.
Mario Aristo ¿por qué no proseguimos
multiplicando instantes
y asaetando adunados
el blanco del futuro...?

ÉTICA DEL PANFLETISMO

Ampliamente considerado, el panfletismo es la tendencia a descubrir las lacras morales de la entidad individual o colectiva de un pueblo. Como toda tendencia noble y regeneradora, él tiene escaso número de representantes viriles y una gran falange de impugnadores que gustan, sin embargo, de sus violencias, cuando el panfleto va dirigido contra personalidades que les son poco gratas.

Para el espíritu conservador que sacrifica la virtud a su propio bienestar; para el dócil, tal como lo concibe La Bruyère, el panfleto es una consecuencia de ciertos estados de alma enfermizos, un producto meramente patológico.

Para el escritor libre y sincero es él una modalidad sencilla de expresión en la cual caben toda la verdad y toda la vehemencia de su temperamento.

Cáliz de acibar, copa de mortífero veneno, tales son entre otras de igual jaez, las denominaciones que dan al panfleto los individuos que han sido zaheridos por él.

Los lectores, en cambio, se abstienen de juzgarlo definitivamente, prefiriendo estudiar al personaje zaherido.

Empero, ciertos lectores pobres de espíritu que alguna vez concibieron libelos, suelen encontrar exageradas y violentas en grado sumo algunas expresiones contra determinados individuos. ¿Pensaron en tal exageración o en tal violencia cuando ellos oficiaron de panfletarios?

¡No! Es que observan una misma cosa desde puntos opuestos: el del artista y el del espectador.

Fácil es, pues, hacer una psicología más o menos convencional del panfletario o libelista.

Hay escritores que, refiriéndose a Juan Montalvo, el polemista temible, agotan el ditirambo. La pluma del autor de *Siete tratados* es una catapulta que derriba ídolos de barro e ignaras personillas ante las cuales se postra le pueblo en señal de adoración, — suelen decir sin reparos esos escritores.

Y sus adictos — o al menos aquellos que están con las últimas lecturas, — piensan de inmediato en la sinceridad de tales palabras.

Sin embargo, nada más trivial que ese pensamiento inspirado *prima facie*. Los panegiristas de los grandes revolucionarios dejarían de serlo si éstos viviesen aún.

Escritores que admiran a Hugo y Guerra Junqueiro, por su amor a la libertad; que hacen gala de altivez e independencia, cantando extremadas loas a los enemigos de todas las tiranías, predicán íntimamente su odio mezquino a la libertad y su apego a todos los despotismos. Para éstos es el panfletismo una tendencia inmoral cuando sus propias lacras son descubiertas por él.

El panfletismo es necesario y saludable para la sociedad. Es la espada de Damocles puesta sobre la cabeza de los corrompidos y los co-

ruptores, de los abyectos y los serviles, de los hipócritas y los necios. El, sólo él, puede hacer mejor a la sociedad. Las leyes, los códigos, suelen dar un resultado mediato, cuando no negativo. Sólo el efecto del panfletismo es inmediato y eficaz. De ahí el temor que le tienen los tiranos a los cuales no alcanza el rigor de la ley ni la sanción penal. De ahí también la adversión que por él sienten los seres encanallados y contumaces, los temperamentos débiles dominados por el vicio, los aduladores, los envidiosos y los traficantes de su conciencia.

Es más fácil loar a un panfletario que comprenderle. Ciertos escritores, ciertos poetas, ciertos sociólogos hacen su propia loa cuando recurren a los medios más viles para denostar a seres que cometen el delito de juzgarlos con ecuanimidad. Esos escritores, poetas y sociólogos abominan, no obstante, del libelista que pone al desnudo las llagas morales de tal o cual personaje que la muchedumbre — intelectual o iletrada — reputa digno de consideración. El vicioso por todos reconocida no ha menester del panfleto para enmendarse: por otra parte, el panfleto debe ser empleado con provecho, no contra el vicioso vulgar que ignora su alcance, sino contra el vicioso intelectual que le comprende y tiembla ante él.

Rivarol y Paul Luis Courier jamás dirigieron sus escritos contra la vulgaridad. Ni Béranger sus canciones. Los gestos de las medianías no arrancaron a Víctor Hugo ni una frase de protesta.

El panfletismo no se concibe, pues, en un ambiente de medianías, ni en los arrabales, ni en los bajos fondos, sino en las altas esferas sociales o en las ciudades modernas vastas y cosmopolitas donde la cultura encuentra fácil arraigo y donde una multitud heterogénea de seres cultiva por igual las flores del vicio, de la galantería y del error.

Pero es contra los cenáculos literarios que él debe dirigir más a menudo las flechas de sus palabras. Los literatos contemporáneos dotados de un bello sentido estético suelen —, a medida que evoluciona su sensibilidad y su talento se allega al cenit —, suelen despreocuparse olímpicamente de su voluntad y discurren como pobres enfermos que son. Envaneidos, no como Narciso, de su propia imagen, sino de sus condiciones intelectuales, acaban por permitirse toda suerte de extravagancias rebajando así el concepto de su personalidad. La conciencia de su propia saber anula en ellos la potencia volitiva y es entonces que sus facultades morales e intelectuales entran en pugna.

Es el de la literatura un campo enorme de audacias, engaños y bellaquerías. Hacia él deben convergir todos los dardos del panfletismo. El intelectual no repara en medios para me-

drar. Medra si adula: si traiciona a sus compañeros de política su traición es plausible, pues es el medro al fin que persigue. El intelectual adula, traiciona, prevarica y finge. Sólo él se envilece conscientemente. Y su pretexto es siempre la labor literaria. Según su criterio, bien merece el arte el sacrificio de la personalidad moral. Todo por el arte: tal el emblema de su escudo. Pero ¿qué significa el arte para ese pobre de espíritu en quien pueden más las exigencias del boato que las de la propia idiosincrasia? El arte es para él, simplemente, un medio. Nunca más oportuna la frase: *El fin justifica los medios*; es decir, los justifica para ese Proteo que es el intelectual.

Cerrados sus oídos al imperativo categórico de su conciencia; anulada su sensibilidad por la fiebre del medro; accesible su carácter a las zalemas del vulgo y a los encomios de sus iguales, el intelectual ve en el panfleto el vórtice de sus hipocresías.

Cuando el intelectual es al mismo tiempo un político, el panfleto resulta entonces leve protesta. Sólo la frase pertinaz, exacerbada y desnuda; la frase seca y concisa — síntesis precursora de la acción — pone coto a sus insolencias.

El intelectual y el político no pertenecen a la categoría de los hombres: están dentro de la región bárbara desde cuyos límites el panfleto escrito y alienta. Hay hombres-políticos y hombres-intelectuales. A éstos no alcanza el panfleto. Cuando hablo del intelectual y del político me refiero al intelectual puro, inepto para otras funciones que no sean las políticas, y al político puro, es decir, profesional.

Dentro de esa región que la vista del panfleto abarca, el periodista servil tiene también su meandro. Pero hay que ser benevolente: su delito, así como su jerarquía, es inferior al del intelectual y el político.

El panfleto debe, pues, subsistir como tendencia regeneradora. ¿Qué fuera sin él la sociedad? Una entidad desamparada expuesta al azote del vicio: Sodoma y Gomorra, Cartago...

El panfleto, sin quererlo, moraliza; mas no es el panfleto un moralista ortodoxo ni mucho menos; es a las veces un amoralista en el buen sentido que debe darse a esta palabra, es decir, un escritor que no aboga por ninguna moral establecida, sino por la suya propia, sin pretender imponerla.

Inhibidos por su incapacidad el vulgo analfabeto y el débil letrado, del derecho de defensa que les concede la Naturaleza, bueno es que haya en nuestras sociedades cultas seres expertos que, desechando temores y abandonando toda serie de conveniencias, marquen el rostro de los depravados con el hierro candente de sus imprecaciones y sus apóstrofes.

¿Me diréis que predico una moral social? No es ése mi intento. Lucho por el derecho de vivir que a todos, águilas o gusanos, nos alcanza por igual.

El espíritu de conservación tiende a alejarnos de las fauces del abismo. Sólo el ser anormal va hacia el abismo y a él se entrega voluntariamente. Ante los avances del audaz que trata de invadir el predio de nuestras íntimas aspiraciones o de oponerse a la realización de nuestras esperanzas, sublévase nuestro instinto y rechaza bruscamente al intruso que pretende limitar el campo de nuestro porvenir.

Nadie tiene derecho a poner lindes al porvenir de la humanidad. Contra los osados que tal intentan nada puede la ley; todo lo puede el panfleto. Y éste debe propagarse en las ciudades modernas donde al amparo de la civilización, brazos serviles van extendiendo la simiente del vicio.

La ciudad ideal donde el panfleto ha de agostarse por falta de ambiente, es todavía un sueño. El caballo blanco del símbolo de Platón, muy lejos está de tirar solo el carro del alma. El panfleto es, por ende, hartamente indispensable, aunque no lo quieran aquellos literatos que creen monopolizar el talento.

Ciertos críticos, refiriéndose a Paul Luis Courier, emplearon despectivamente la palabra PANFLETARIO: otros la glorificaron. Sin que mi adhesión a estos últimos implique ni con mucho absoluta comunidad de ideas con el gran libelista francés, pláceme manifestar que el panfleto — republicano o realista, úcrata o liberal, o lo que fuere — se sobrepone por su amor a la verdad, al preconcepto protervo y a la crítica mezquina de esos pretensos monopolizadores del genio que niegan a los otros el placer o el dolor de pensar de acuerdo con su carácter.

El panfleto es el vocero de la verdad. Y la verdad es una.

PÉREZ Y CURIS.

VIDA POPULAR

*Semanario para
todos los gustos*

EL 18 DE MARZO

10 centavos en toda la República

BIBLIOGRAFIA

LIBROS BUENOS Y MALOS LIBROS

Número extraordinario de "NOSOTROS"

"Nosotros" recogió la iniciativa de rendir un homenaje a José Ingenieros. La obra que se ha cumplido, de manera que hace evidente el cariño que se le guarda en esa casa, está contenida en un grueso volumen, verdadero esfuerzo editorial.

Para el amor y la veneración que el pensador merece, la obra de "Nosotros" es valioso aporte. Este serio y documentado trabajo perdurará y las generaciones venideras sabrán así de la vida y de la obra del primer grande intelectual que teníamos y que la muerte no quiso perdonarnos.

Pedro Henriquez Ureña. *La utopía de América.*

Con mucho acierto "Estudiantina" de La Plata, que dirige Villarreal, ha publicado en folleto el discurso que pronunció en la Universidad de aquella ciudad en el año 1922, el profesor Pedro Henriquez Ureña.

El tal discurso contiene muy provechosas enseñanzas y está hecho en un tono cálido y convincente.

"La utopía de América es la paz de los pueblos, la justicia social y la verdadera libertad." Palabras éstas que deberían gritarse a los cuatro vientos para que entraran en las tozudas cabezas de nuestros hermanos.

"PROA", número 15.

Pertenece los colaboradores de esta revista — si así puede llamarse a un catálogo de chistes — al número por fortuna escaso de los literatos tipo Sarrasani. Todos tratan de hacer reír y los que hablan en serio hacen reír de veras.

Muy superior a esta revista era la que editaban los cuerdos del Hospicio de las Mercedes. Por lo menos no había allí nadie que se vanagloriara de haberle descubierto el agujero al mate, como acontece con el payador J. L. Borges, que no otra cosa quiere probarnos este mozo que escribe "espaciosidad" y "falsiada" para hacerse el gracioso y a lo mejor, con tanto

versito y tanta macana, no sabe ni montar a caballo.

De los otros es mejor no hablar.

"Bajo el alba inmóvil", por Albino Rey

Este joven poeta dice que sabe que su libro es malo, pero que lo publica por "necesidad metafísica". Primero habría que decirle, con Rolland, que es deber de adolescente el vomitarlo todo. Como Albino Rey no ha cumplido con esta medida higienizadora, su librito no es ni sencillo, ni emotivo, ni es la obra real de un niño que comienza ya a ser hombre.

Es la obra de un muchacho empapado en literatura, buen versificador y sospechamos que bastante vanidoso, pecado éste que le ha impulsado a publicar su libro.

Sería largo de enumerar los vicios en que incurre este nuevo poeta en la construcción de sus versos; el tiempo y la experiencia le dirán que hay tanta diferencia entre escribir a los veinte años una composición titulada: "Turris ebúrnea" o "Taedium vitae" y una "Canción de mis primeros pantalones largos", como la hay de falsía a la sinceridad.

"La serena armonía", por Abondio Aron Castillo — Montevideo

Hay cierta incoherencia en el pensamiento de este poeta. Sus versos, más que dichos, son balbuceados. Entiéndase que no se habla aquí de la forma desordenada y arbitraria de su verso, sino de la incoherencia de su pensamiento. Si pensara mejor, tendría más derecho a despreciar como desprecia la forma y la retórica.

No siempre los asuntos que encara son tan emotivos como para que el lector no tropiece con la aspereza de la forma.

Por encima de estas y de otras deficiencias aparece la buena labor del poeta.

Son breves poemas, limpios, saludables, emotivos, de una simpleza de cosa dicha para la intimidad. Mucho bien ha hecho entre los intelectuales de su país el bueno de Fernán Silva Valdéz y Aron Castillo es uno de estos beneficiarios. En presente, por vía de homenaje a

no; pero la verdad es que más nos entusiasmos con la perspectiva de su futura obra.

Ferrari Amores.-Poemas estrafalarios

No cremos con el autor que los que contiene este libro sean poemas estrafalarios. Ferrari Amores versifica con facilidad y dice — cuando dice — con claridad.

Nos ha chocado en este libro cierto alarde de técnica, completamente innecesario, como lo es el hecho de incluir composiciones escritas en lengua extraña a la nuestra. Y nos ha chocado porque habíamos entrado familiarmente en el libro, después de leer esto:

Yo los he ido anotando
por orden de nacimiento
como en el registro anotan
los padres a sus hijuelos.
Les he dado a cada uno
un nombre, según se estila
y en sus bautismos han sido
los padrinos Plomo y Tinta.
Y ahora los largo al mundo
a que se ganen la vida...

Después de este casi prefacio hay en el libro muchas cosas que sobran. Estamos, sin embargo, frente a un poeta de fuerte contextura moral, que tiene un sentido algo irónico de las cosas humanas y una rebeldía que asoma por momentos su acerada pica. No hay duda de que poetas como Fernández Moreno le han robado en parte la voluntad. Y así vemos composiciones que tienen un lejano aire de familia con las del poeta de "Ciudad". Por ejemplo:

Cine

Intervalo. Suena el timbre.
Sección The. Ya va a empezar;
van a sacar sus entradas
las novias de Jorge Walsh.

O este otro:

Cocheros en las tabernas
ventrados y vocingleros,
mientras afuera a las bestias
las acalambra la espera...

Pero hay en las restantes composiciones un sello netamente particular y condiciones que dicen a las claras que Ferrari Amores no tiene necesidad de pedirle prestado nada a nadie.

L. B.

Arbol, por Julio J. Casal

¿Poesía nueva? No, poesía, poesía, la de siempre, poesía, eso es lo que debemos buscar. ¿Con metáforas? ¿Sin metáforas? Busquemos poesía simplemente.

Mucho se ha hablado en estos últimos tiempos de las nuevas corrientes, de las nuevas escuelas. Quién ha dicho, que sólo en la metáfora, hay poesía; quién, ha dado una importancia trascendente a la distancia, entre verso y verso (pausas)

(1) Ultraístas, etc., han llegado hasta pretender hacer el análisis químico de la palabra antes de tomarla como material para el verso. (2).

Y todo esto está muy bien, rebela ingenio en los que desarrollan y propagan tales teorías; pero como cosas pertenecientes a escuelas: escuelas, esto es, donde se estudian en frío y desmenuzan para su análisis los problemas. Como gramáticos o retóricos, como técnicos, estos muchachos tienen un gran valor, y, no hay que negar la eficacia de sus ataques, al adjetivo por ejemplo. Pero la poesía, como ya lo dijo el humilde León Felipe, es refractaria a las escuelas, "huye de los que se juntan en partida para ganar la belleza". Yo agregaría, que, es más hija del corazón, que del cerebro, y que está más cerca de alcanzarla el limpio de alma que el que posee mucha de esa sabiduría exterior. (Es sintomático que en la llamada nueva generación, abundan los muchachos de mucho ingenio; pero, también, los anémicos, escrofulosos, sifiliticos en cuanto a lo físico, y viles maledicentes sin personalidad en cuanto a lo moral; y, que como consecuencia fatal, sean tan escasos los buenos versos con que nos topamos.

Este libro, ARBOL, que motiva este comentario, pertenece a las escuelas nuevas; en él se hace cultivo de la metáfora. Y es claro, muchos de sus poemas, son armazones fríos, cadáveres de versos nada más. Sólo unos cuantos se salvan, escritos seguramente, en momentos en que el corazón de este poeta, traicionó a su cerebro, preocupado con las nuevas formas. En estos poemas, cálidos de humanidad, vivos encontramos verdadera poesía. Reproducimos a continuación algunos versos felices:

« El amanecer
golpeaba con dedos de brisa y color
sobre los cristales
de mi corazón.

« El sauce moja
sus ramas en el río
y se nutre de espumas
y se nutre de espumas.
y de sombra de nubes.

« El agua ha removido
con sus manos nerviosas
el corazón del campo.

« El paisaje — circo de colores

« La tarde se ha prendido
— bandera de colores —
a los mástiles ondulantes
de los árboles.»

F.

*"Poemas del hombre",
por Carlos Sabat Escarty*

Sabat Escarty es un interrogador inagotable. Al leerlo, se tiene la impresión de estar inclinado sobre un abismo rebosante de misterios espantosos. Nada como los «Poemas del Hombre, compuestos de «El Libro de la Voluntad», «El Libro del Corazón» y «El Libro del Tiempo», hace pensar tanto en el enigma de la vida. Las preguntas

(1) Alberto Hidalgo.
(2) González Lanuza.

del poeta a la esfinge son las mismas que atormentan el corazón de todos los hombres, esto se siente a través de todos sus versos.

«Mi dolor es el dolor de todos.
No hay nadie que no lllore,
pero sólo se escuchan mis desatados llantos».

Lo desconocido se vuelve un dolor tan lacerante como «El Infierno», de Barbusse. Dice Sabat Ercasty:

«Abro mi frente al lado de los vientos.
Alargo mis ojos al lado de las sombras.
Hundo mi corazón en el costado de amor.
Tiemblo y canto.
La boca está caliente de gritos y de sangre.
¡Ah!, ¡qué días más duros para estar de piel!
¡Ah!, ¡qué cansancio enorme sobre los hombros!
¡Cómo pesan las noches del mundo
en los grandes espacios que nos hacen los ojos!

Más adelante:

«¡Soy una herida de mil heridas,
lo mismo que la luz,
igual que la noche!
Un tajo caliente
que se ha puesto a cantar.
Una sombra caída y jadeante
sobre la música y la sed».

Y ya que hemos citado a Barbusse, recordamos que su prosa despiadada, ha venido muchas veces a nuestra imaginación, leyendo al poeta uruguayo.

«El Infierno», ese terrible infierno que tan crudamente nos castiga con su espectáculo atormentador, se halla en la misma sima profunda, a la cual van a perderse los gritos desesperados de los «Poemas del Hombre»:

«Me voy, hermano, pero escúchame:
¡Grito espantosamente!
¡Me han hecho para el dolor
y no he encontrado nadie que me cure las lágrimas!
¡El tiempo pasa!
¡Es el tiempo el que muele mi carne hasta borrarla
y devolverla obscura de sufrir, a la tierra!
¡Pero yo maldigo mi destino,
y mi puño se fatiga,
de martillar mi pobre frente de hombre!»

Preguntar. He ahí lo que es dable al espíritu humano. Llegar hasta el fondo de nuestro desconcierto, y enviar las flechas del alma febril por saber; golpear en la mansión de los misterios y exigir desesperadamente una respuesta, un indicio, una esperanza en la inmensa noche universal. He ahí lo que apenas podemos intentar. Dar a nuestras interrogaciones la inmensidad lacerante del abismo desconocido, del caos de todo lo creado, esa es la fuerza, la grandiosidad de los poemas de Sabat Ercasty. Este hombre, herido en todas sus fibras por lo desconocido, se convierte en un explorador avanzado de los hombres de mundo, armado de las dudas de todos, de la angustia y del conocimiento de todo lo que ignoramos. Se atreve a lanzarse entre las brumas del misterio; lleva consigo, es cierto, el bagaje de sus afiladas saetas, que lo harán terrible en la noche, exigente ante el enigma. Pero la empresa es grande, la misma inmensidad del audaz interrogatorio embota las flechas de su voluntad, surgen sollozos desgarradores, se oyen los gritos que el martirio arranca de su corazón, humano al fin, y débil para permanecer sereno ante el horror de lo desconocido:

«Corazón,
tú eres el único que no duermes,
y aquella noche inmensa,
todo yo,
era un gran corazón que no dormía».

¡Qué de tinieblas, cuántas preguntas, cuántos silencios!

¡Se me raya la piel, se me encoge la nuca,
el corazón se aprieta hasta dolerme el alma,
y los nervios agudos me hacen crujir los huesos!»

Entonces Sabat Ercasty tiene sacudimientos de titán encadenado. La fuerza de sus ansias por saber lo hacen por momentos más grande que el enigma; y sus preguntas, su desesperación, reflejan la tremenda batalla de la humanidad, que ha vivido demasiado para aceptar su impotencia, que quiere lanzarse ante todos los peligros en demanda de luz:

«¡Y gritaré por mí
y gritaré por todos!
¡Si hay alguien que oye,
que sufra todo mi grito!
Nada podrá aumentar mi gran desgarramiento.»

¡Nada peor es posible!
¡Basta, Dios mío!

.....
¡Abreme los ojos para todo el misterio!
¡Dímelo todo!
¡Revélamelo todo! ¡Muéstrate más!
¡Dame siquiera la esperanza inmensa!
¡Quéname pronto, y sin lástima,
pero que sea en tu fuego!
¡Qué lo sepa todo!
¡Qué no me torture la noche maldita,
negra, potente y áspera de estrellas!»

Sabat Ercasty es un poeta vigoroso, rico en sus expresiones, y en la justeza de las palabras que emplea; algunas veces su exuberancia le lleva a repetir los conceptos, pero es tal la belleza siempre cambiante de la expresión, que ni un solo momento deja de cautivarnos con la energía de sus versos.

Los libros posteriores de Sabat Ercasty: «Libro del Mar», «Uoemas del Hombre», «Vidas» y «El Vuelo de la Noche», son otros tantos exponentes de la obra seria e inspirada del poeta, que le colocan entre los valores más destacados de Hispanoamérica.

J. S. S.

“Perdidos en la sombra”, por Isabelino Scornick.

El autor de este libro, es un hombre bien intencionado.

Se trata de un conjunto de cuentos, anécdotas y pensamientos sanos.

Es una lástima que en él haya tanto énfasis innecesario, tantos subtítulos inútiles y una cantidad tan grande de puntos suspensivos. Palabras subrayadas, paréntesis que quieren ser explicativos de las ideas del autor y que resultan ingenuos; el autor mismo, que a cada paso comenta las historias que está refiriendo, son detalles que abruman y molestan al lector. Una de las razones, es que parece dudarse de la agilidad mental del que lee, y otra, que algunas veces se usa exceso de palabras para explicar una cosa.

El empleo de la palabra justa es más interesante, de más efecto y más belleza que los equívocos entre comillas.

Creemos que el señor Scornick se halla en condiciones muy buenas para escribir otro libro de verdadero valor; esto no lo ha conseguido con “Perdidos en la Sombra”, por las razones que dejamos apuntadas, y porque en

general, los asuntos tratados tienen escaso interés, por la frecuencia con que ya se han utilizado.

Existe aún otro detalle, que a nuestro parecer, es bueno señalar: la puntuación caprichosa.

Estamos completamente de acuerdo en que esto es un accesorio sin mayor importancia. Más aún; basta que haya ideas sanas y aquilataadas, para que se olvide más o menos la puntuación. Pero se recoge la impresión de que esa anomalía en colocar las comas y los puntos, obedece a un fin determinado por el autor mismo, no a un desconocimiento de su uso ni a impotencia. Estaríamos también de acuerdo, en que si la correcta colocación de estos signos, no tuviera más objeto que el de dar más vista al escrito, podrían colocarse de acuerdo al gusto convencional de cada escritor; pero, como usándolos correctamente se aclara mucho el texto y además, se lee con mayor facilidad, no nos parece correcto ni bueno, ni útil, aplicarlos sin ton ni son. Vargas Vila es el ejemplo clásico de esta aberración; leyendo una de esas páginas agotadoras de Vargas Vila, se tiene muchas veces la tentación de traducirlo al «castellano», para poderlo leer mejor. Algunas páginas de Vargas Vila contienen ideas muy interesantes, que se malogran por la exposición antojadiza, por el abuso de términos campanudos, y, más que nada, por la arbitrariedad de la puntuación. Esta cita de Vargas Vila, no tiene por objeto comparación alguna; sólo queremos mencionarlo para hacer notar la gran antipatía que nos despierta la arbitrariedad de la puntuación.

En el libro del señor Scornik, hay detalles que afean sus páginas. Por ejemplo, el abuso de los términos: "Su padre", "su madre". En el final de "Los perros sin alma", hay frases insólitas: "¿Qué?... ¡lloráis, señora! os enterneció la historia? ¿Sí?". En realidad, nos parece que allí no hay nada que pueda hacer llorar a nadie, ni reír a carcajadas tampoco. "Fatalidad", "El Penado 603" y "... Y Dios dispone", obedecen a un plan muy similar, y como decíamos más arriba, muy trillado.

"Hospital" y "Terminado" no creemos que tengan importancia alguna.

Recordamos, al leer la nota puesta al final del libro, lo que hace un momento afirmábamos: hay en "Perdidos en la Sombra", párrafos explicativos que huelgan.

Al anunciar varios libros próximos, el señor Scornik, cae en la trivialidad tan corriente de las promesas que no interesan a nadie, y, que las circunstancias pueden hacer irrealizables o por lo menos modificables.

Ya que, a nuestro modo de ver, el autor de este libro es un hombre bien intencionado, todas las debilidades que existen en su obra, pueden subsanarse con buena voluntad, en cuyo caso, el señor Scornik, podrá ofrecernos, en breve, un libro realmente bueno.

La publicación de "Perdidos en la Sombra", la consideramos una cosa útil, pues de no haberla hecho ahora, el señor Scornik se hallaría siempre expuesto a publicarlo, y en esta forma se habría perdido mucho tiempo.

Aparte de esto, no hay nada mejor, para aclarar las ideas y crear un estilo, que las opiniones ajenas y las andanzas de una obra por el mundo.

Flores tempranas (poesías), por Francisco Alonso

En este libro hay muchos versos malos; casi todos lo son.

El prologuista es un hombre de inteligencia casi diríamos excesiva: ¡Ha llenado una página y media sin decirnos nada del libro que tiene entre manos!

Se trata de un libro que no puede tomarse en cuenta.

Los temas son insípidos, los versos de carterero.

En fin, que el libro no nos interesa.

Francisco Alonso, sí.

Para hacer un libro de más de sesenta composiciones, es necesario tener muchas ganas de hacer versos.

El amigo Alonso tiene, pues, una excelente disposición para hacer versos. Ya lleva buen terreno ganado. Lo que ahora tiene que hacer, es quemar gran cantidad de composiciones, estudiar, enterarse de lo qué es la poesía, y seguir trabajando.

No hay que distraerse en la discusión de escuelas y en diatribas contra el futurismo. Que los otros hagan cosas más malas, no es una razón para conformarse con haber producido lo que no tiene ninguna importancia.

Cuando publique otro libro de versos, olvídense de poner su retrato a página entera y su prima las figuritas.

Lo que dice el señor Jota Jota Frugoni en el prólogo, son cuatro perogrulladas que no hacen reír a nadie.

El señor Alonso ha hecho su libro quizá con buenos deseos. En cualquier forma que sea, este buen muchacho ha trabajado, y nuestras simpatías están con él.

Si algún día publica un libro mejor, puede contar, desde ya, con nuestro agradecimiento.

J. S. S.

He aquí la idea que debemos formar de los ricos y de los avaros: Son ladrones que asaltan los caminos públicos, despojan a los pasajeros, y convierten sus casas en cavernas donde ocultan los tesoros de los otros.

San Juan Crisóstomo.

Cuando damos con qué subsistir, a los que están en necesidad, no les damos lo que es nuestro: les damos lo que es suyo.

San Gregorio el Grande.

CANTOS AUGURALES

DE

ARMANDO VASSEUR

se han publicado en el vol. 46 de

LOS POETAS

que se puso en venta el martes 23

Vargas Marty, F. A. Dr.—El matrimonio, el divorcio y el adulterio	0.20
Venette, Dr.—Pintura del amor conyugal.	0.20
B'ech, Aimée.—Enseñanza teosófica	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Estudios sexuales	0.20
Gutiérrez Salazar, Luis.—La Esterilidad.	0.20

LOS PENSADORES

Barbusse, Henri.—Fatalidad	0.20
Bonafoux, Luis.—Clericanallas	0.20
Dario, Rubén.—Cabezas	0.20
Gautier, Teófilo.—El vellocino de oro ...	0.20
Gorki, Máximo.—Lo que yo pienso del pueblo ruso	0.20
Gourmont, Remy de.—Una noche en el Luxemburgo	0.20
Heine, Enrique.—Memorias	0.20
Justo, J. B.—Estudios sobre la moneda.	0.20
Mariani, Mario.—Lágrimas de sangre ...	0.20
Mauclair, C. Nietzsche y D'Annunzio.—Wagner	0.20
Muñoz, Esecames.—Pasteur, su vida y su obra	0.20
Ortega y Munilla, J.—Calandria, Rey de Morella	0.20
Palacios, Alfredo L.—El Nuevo Derecho.	0.20
Poe, Edgar Allan.—La muerte roja	0.20
Rousseau, Juan Jacobo.—Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres	0.20
Spencer, Herbert.—El progreso	0.20
Tolstoi, León.—Lo que debe hacerse (El destino de la ciencia y del arte)	0.20
Unamuno y Ganivet.—El porvenir de España	0.20
Un tomo conteniendo: Soñadores, de Knut Hamsun; Generosidad de corazón, de Selma Langerlof; Los comediantes sin saberlo, de Honorato de Balzac; El spleen de París, de Carlos Baudelaire, y La muerte de Jesús, de Eç de Queiroz	1.—
Un tomo conteniendo: Los espectros, de Leonidas Andreieff; Misas herejes y otras poesías, de Evaristo Carriego; Los simples y otros poemas, de Guerra Junqueiro; El misionero, de Alfafuerte; Idilios y fantasmas, de Pío Baroja; Lillian, de Enrique Sienkiewicz, y Memorias, de Enrique Heine	1.—
Un tomo conteniendo: Regalo de amante y Morada de Paz, de Rabindranath Tagore; La Humanidad del porvenir, de Enrique Lluria; Defensa de la Internacional, de Salmerón y Pi y Margall, y Rusia en las tinieblas, de H. J. Wells.	0.30
Vargas Vila.—Verbo de admonición y combate	0.20

Voltaire.—La moral religiosa	0.20
------------------------------------	------

TEATRO CONTEMPORANEO

Alvarez Quintero, S. y J.—Cancionera ...	0.20
Benavente, Jacinto.—La Malquerida	0.20
Benavente, Jacinto.—Los ojos de los muertos	0.20
Benavente, Jacinto.—Los intereses creados	0.20
Villaspesa, Francisco.—La Leona de Castilla	0.20
Romero y Fernández Shaw.—Doña Francisquita	0.20

TEATRO NUEVO

González Castillo, José.—Hermana mía ..	0.40
Pico, Pedro E., y Juan León Bergea.—La grieta	0.40
Defilippis Novoa, F.—Los caminos del mundo	0.20
Bellán, José Pedro.—La Ronda del Hijo.	0.20
Samuel Eichelbaum.—La hermana terca.	0.20

NOVELAS DE AVENTURAS

Conan Doyle, A.—Un crimen misterioso.	0.20
Poe, Edgar Allan.—Un viaje a la luna..	0.20
Salgari, Emilio.—Los naufragos del Spitzberg	0.20
Verne, Julio.—Una internada en los hielos	0.20

LOS CONTEMPORANEOS

Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos ...	0.40
Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos (papel pluma)	1.—

LOS NUEVOS

Amorim, Enrique M.—Tangarupá	0.50
Amorim, Enrique M.—Tangarupá	1.—
Barletta, Leonidas.—Los Pobres	0.50
Barletta, Leonidas.—Los Pobres	1.—
Castelnuovo, Elías.—Malditos	1.—
Castelnuovo, Elías.—Tinieblas	1.—
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina	0.50
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina	1.—
Yunque, Alvaro.—Versos de la calle	1.—

CLASICOS DEL AMOR

Florilegio del Amor (Lo que han dicho sobre el Amor los más grandes espíritus de la Humanidad)	0.30
Mauclair, Camilo.—La magia del amor..	0.30
Morales San Martín, B.—Fidelidad conyugal	0.30
Musset, Alfredo de.—Margot	0.30
Nordau, Marx.—Cómo aman las mujeres.	0.30
Ovidio.—Arte de amar	0.30
Rueda, Salvador.—La cópula	0.30
Turgueneff, Iván.—Y así pasó el amor..	0.30
Valle Inclán, R. del.—Corte de amor ...	0.30
Ingenieros, José.—Estudios sobre el amor	0.20

*Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos
Los pedidos a la Administración se remiten francos de porte.*

EDITORIAL CLARIDAD

*Dirección Postal: C. de Correo 736—Administración: Independencia 3531
Buenos Aires*

QUILMES

CRISTAL

ES LA MEJOR CERVEZA